

PSICOLOGÍA Y MARTIRIO I.

El testimonio de fe del s. I - IV d. J.C. en el Imperio Romano.

Un estudio basado en la XXIX Videoconferencia Teológica Internacional, que tiene por tema: "El martirio y los nuevos mártires". Prefectura de la Congregación para el Clero - S. Em. Revma. Cardenal Darío Castrillón Hoyos (Ciudad del Vaticano, 28 mayo 2004): Roma: Jean Galot, Bruno Forte, Antonio Miralles y Paolo Scarafoni; Manila: José Vidamor Yu; Taiwán: Louis Aldrich; Johannesburgo: Graham Rose; Bogotá: Prof. Silvio Cajiao; Sydney: Julian Porteous; Moscú: Ivan Kowalewsky,...

La dirección de este trabajo de docencia e investigación a cargo del sacerdote y escritor español Padre Jesuita Jorge Loring, S.I. con la colaboración especial del Presidente de la sección de Suicidología de la Asociación Cubana de Psiquiatría, el Prof. y Dr. Sergio Andrés Pérez Barrero, fundador de la sección de Suicidología de la Asociación Mundial de Psiquiatría (AMP).

Autores: José María Amenós Vidal. Psicólogo Clínico y Social (docencia e investigación desde 1984) por la Universidad Central de Barcelona (España). Miembro Fundador y Administrador de la FPC. Marcelo Alejandro Correa. Agente Pastoral de Salud, impulsor y promotor de grupos de prevención del suicidio en Argentina, y de duelo por suicidio en la Asociación Civil Estaciones del Alma (ACEDA) de Bahía Blanca. Javier Mandingorra Giménez. Máster de Orientación familiar por la Universidad de Navarra, y de Sexualidad por el Instituto Pontificio Juan Pablo II de estudios para el matrimonio y la familia (Valencia). España.

Fundación Psicología y Cristianismo. c/ Museo, 26 - 1º 1ª. 08912. Badalona (Barcelona). España. e-mail: info@psicologos.tk – url: www.psicologos.tk

Índice: Resumen. Dedicatoria. Presentación. El enfoque teológico de Josef Weismayer. La visión cristiana del dolor y el sufrimiento. Cap. I. La Biblia: Antiguo y Nuevo Testamento. Cap. II. La Iglesia Primitiva (s. I - IV d. J.C.): 1) Jesús de Nazareth. 2) Los Apóstoles y protomártires: a) Los Evangelios: Juan, Marcos, Mateo y Lucas. b) Los Hechos de los Apóstoles. c) Las Epístolas. 3) Los Padres Apostólicos y Apologistas Cristianos. Conclusión. El contexto histórico de Jules Charles Henri Petiot. El acto de inmolación u oblación. Documentación. Las Actas Martiriales: Archivos oficiales y no oficiales. Anexo. a) Carta de la Iglesia de Esmirna, que relata el martirio de su Obispo Policarpo y sus compañeros mártires. b) Carta de las Iglesias de Viena y Lyon sobre el martirio de Potino, obispo y otros muchos fieles. Palabras Clave. Notas y Textos.

Resumen.

Con el empeño por defender la dignidad de los mártires de la Iglesia, se ha llevado a cabo una investigación que pretende desarrollar en su total amplitud un ensayo sobre apología del martirio cristiano, a tenor de las objeciones planteadas en el campo de la Psiquiatría, que consideran el martirio un suicidio crónico.

El objetivo del trabajo es entrar en confrontación con el pensamiento de Karl Menninger y su ensayo "El hombre contra si mismo", reforzando nuestro razonamiento con planteamientos católicos. Por esta razón, proponemos un estudio basado en la visión cristiana del dolor y el sufrimiento, en base al estudioso teólogo austríaco, Josef Weismayer.

Un ensayo sobre apología del martirio con certeza nuestra tesis, constata la deuda de gratitud hacia la Iglesia primitiva de los primeros siglos del cristianismo (del I al IV d. J.C) en base al enfoque en origen del significado etimológico del término martirio: "testimonio" y mártir: "testigo".

Psicología del Martirio: una apología de los mártires cristianos; debe considerar el valor trascendente del testimonio de fe a la luz del Evangelio como semilla de cristianos, y las actas martiriales en su verdadera dimensión por transcripción literal de los hechos históricos acaecidos que fueron extraídos de los archivos documentales de diversas fuentes bibliográficas por el historiador Daniel Rops (su nombre original Jules Charles Henri Petiot).

Dedicatoria.

A María, Reina de los Mártires.

En la noche del 26 de marzo de 1996, siete monjes de la abadía trapense de Tibhirine en Argelia fueron raptados. Durante dos meses nada se supo de ellos. El 21 de mayo, un comunicado sobrecogedor de los fundamentalistas islámicos anunciaba: "Les hemos cortado las gargantas a los monjes". El día 30 del mismo mes, fueron hallados los cadáveres. Se trataba de una muerte anunciada, que estos monjes habían podido prever en la fe. Lo atestigua el testamento espiritual de su prior, Padre Christian M. de Chergé, Prior del monasterio de Nôtre-Dame del Atlas en Tibhirine, Argelia: Argel, 1 ° de diciembre de 1993 - Tibhirine, 1 ° de enero de 1994.

Presentación.

El término "mártir" tiene su raíz en el término griego *martus* que significa "testigo". La palabra 'mártir' ha sufrido un cambio en su significado en las últimas décadas. Muy a menudo en los medios de comunicación se asocia el término con el uso del cuerpo humano como arma como por ejemplo con explosivos pegados al cuerpo o mediante algún vehículo dirigido hacia un punto concreto para que explote. Esto lo lleva a cabo la persona en un acto de libertad y a veces también en el nombre de Dios; pero esta libertad no está en conexión con la Verdad, porque la dignidad humana a imagen y semejanza de Dios está amenazada atrocemente.

Los testigos como nos dice el Concilio Vaticano II en la Constitución *Lumen gentium* (núm. 42) dentro del capítulo quinto correspondiente a la vocación universal a la santidad dentro de la Iglesia tienen como fundamento la caridad del mismo Señor Jesús. El Vaticano II en su Constitución *Gaudium et spes* (núm. 21) dentro del marco del capítulo primero sobre la dignidad de la persona humana nos dice: "Numerosos mártires dieron y dan preclaro testimonio de esta fe, la cual debe manifestar su fecundidad imbuyendo toda la vida incluso la profana, de los creyentes, e impulsándolos a la justicia y el amor, sobre todo respecto al necesitado." *Gaudium et Spes* ha sentado las bases de la única antropología auténtica en Jesucristo: "En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado" (núm. 22). El martirio es epifanía de una existencia libre, en comunión con Dios y con los hombres (núm. 24), es decir, "entregarse totalmente al servicio de Dios y al ministerio pastoral y a identificarse con Cristo crucificado" (*Optatam totius*, 9).

En la década de los años sesenta, con ocasión de la canonización de los mártires de Uganda, el Papa Pablo VI recordaba la "lista de valerosos hombres y mujeres que dieron sus vidas por la fe", testimonio de mártires que se centra en los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia que dan testimonio de la unidad de los cristianos para superar las divisiones raciales y tribales que aterrorizan al continente. Hace casi treinta años el Papa Pablo VI indicó que una de las características de nuestra época era que "el hombre contemporáneo escucha más a los que dan testimonio".

Este don de fe nos dice S.S. Juan Pablo II conlleva dificultades, procesos, retos y toda clase de problemas hallados en los sacrificios cumplidos por los mártires. La sangre de los mártires enseñó a los pueblos el valor de "la santidad de la vida y la prontitud de ofrecer su propia vida por el Evangelio". (*Ecclesia in Asia*, 9). El llamamiento para convertirse en "mártir" o "testigo" no es solamente un don de Dios, sino un don a la Iglesia. "La fe en Jesús es un don que tiene que ser compartido; es el don más grande que la Iglesia pueda ofrecer". (*EA*, 10). La Iglesia está del lado de los pobres, o sea: emigrantes, pueblos y tribus indígenas, mujeres y

niños y todos los quienes están siendo explotados. (EA, 34). Juan Pablo II espera que "una muchedumbre de mártires nunca cese de enseñar a la Iglesia el sentido de ser testigo..." (EA, 49).

S.S. Juan Pablo II en su exhortación apostólica *Ecclesia in America* (núm. 15) nos está haciendo la recomendación de recordar que ante todo el anuncio de Jesucristo es martirial.

Como dice el prefacio de los santos mártires: "Han atestiguado con su sangre tus prodigios", en su muerte testimonial, el mártir se identifica con Cristo.

"La Iglesia del primer milenio nació de la sangre de los mártires - afirma el Papa en la Carta apostólica "Tertio millennio adveniente". Al finalizar el segundo milenio, la Iglesia se convirtió nuevamente en la Iglesia de los mártires", heraldos valerosos del Evangelio, servidores silenciosos del Reino, "a menudo desconocidos - como escribe el Santo Padre - casi militi ignoti de la gran causa de Dios" (núm. 37). Juan Pablo II nos recuerda que la sangre de los mártires no es un fenómeno exclusivo de la Iglesia primitiva.

En *Veritatis Splendor* el Papa subraya que "a través de la vida moral la fe llega a ser confesión, no sólo ante Dios, sino también ante los hombres: se convierte en testimonio" y que "en virtud de la adoración a Dios les hace ser libres", esta relación de la verdad con la adoración de Dios se manifiesta en Jesucristo como la raíz más profunda de la libertad (núm. 86). "El testimonio de Cristo es la fuente, modelo y medio para el testimonio de sus discípulos, que están llamados a caminar por el mismo camino" (núm. 89). En el cap. 92 de *Veritatis Splendor* se describen los tres servicios fundamentales que los mártires hacen a su tiempo.

Primero, "En el martirio, confirma la inviolabilidad del orden moral, y dignidad personal del hombre querida por la ley de Dios". Segundo, "El martirio de la víctima demuestra como falso todo significado humano que pretendiese justificar el acto en sí mismo moralmente malo del victimario". Tercero, "el martirio es un signo preclaro de la santidad de la Iglesia".

S.S. Juan Pablo II en el año del Gran Jubileo, el tercer domingo de Pascua, 7 de mayo de 2000, y los líderes cristianos y representantes de otras comunidades cristianas oraron juntos en el sitio donde dieron testimonio los primeros mártires, el Coliseo de Roma para conmemorar el testimonio de fe en el siglo XX, y decía en su discurso: "Permanezca viva, en el siglo y el milenio que acaban de comenzar, la memoria de estos nuestros hermanos y hermanas. Es más, ¡que crezca! ¡Que se transmita de generación en generación, para que de ella brote una profunda renovación cristiana!" (*Insegnamenti*, 23/1, 776). El ecumenismo de los mártires y de los testigos de la fe es el más convincente; él nos indica el camino de la unidad de los cristianos del siglo XXI" (Homilía del 7.5.2000, núm. 5).

La Iglesia da testimonio de vida según la exhortación del Rito de Ordenación sacerdotal: "Da cuenta de lo que harás, imita lo que celebras, confirma con tu vida el misterio de la Cruz de Cristo, el Señor". El presbítero tiene prioridad en el sentido de que "debe ser el primero en dar su vida por las ovejas, el primero en el sacrificio y la dedicación" (Juan Pablo II, *¡Alzatevi, Andiamo!*, núm. 41- 2004).

El enfoque teológico de Josef Weismayer.

De este modo, se establece la línea de trabajo: el testimonio de fe de los mártires cristianos en la Iglesia primitiva, modelo y ejemplo para el mundo entero, testigos que fueron sacrificados en aras del orden público establecido pero a mayor gloria de Dios.

Sobre la cuestión derivada de esta propuesta inicial, es necesario el enfoque histórico y filosófico, así como antropológico y teológico. Es decir, el contexto en situación de la persona y los valores que encarna y por los cuales es capaz de entregar su vida por el Reino de Dios.

La visión cristiana del dolor y el sufrimiento.

El tema de la visión dolorista de la religión en la Iglesia Católica, está magistralmente ilustrado por el teólogo, Josef Weismayer, de quien encontrarán un esbozo clarificador sobre el sufrimiento en la Biblia, y el dolor en la Sagrada Escritura en "Vida Cristiana en plenitud", en la Col. Pastoral Aplicada de Promoción Popular Cristiana (Madrid, 1990).

La cuestión principal es puntualizar el sacrificio de la cruz como valor supremo del cristianismo y que es motivo de escarnio para la sociedad.

Cap. I. La Biblia: Antiguo y Nuevo Testamento.

El judío Filón, rabino y doctor de la Ley de la Torah, que fundó en Alejandría un "didascalio" o escuela de sabiduría, y que marcó el comienzo de lo que se ha dado en llamar la "Doctrina del Logos" enraizando en un método de explicación escrituraria el pensamiento helénico y la tradición judaica, fue una tentativa de reconciliar la tradición de Israel y los temas filosóficos griegos.

Los filósofos habían esbozado en múltiples aproximaciones esta grandiosa concepción del Logos, del pensamiento de Dios. Platón había reconocido en ella el origen de las ideas. Pero San Juan Evangelista consolidó en una certidumbre todos esos sentidos del vocablo, el Verbo de Dios. Y así, todos los principios justos descubiertos y expresados por los filósofos los alcanzaron éstos merced a una participación en el Verbo, y este Logos que había encendido progresivamente la inteligencia humana, era Cristo, por quien hallaron su verdadera significación la razón y la fe.

Una concepción cristiana de la historia que se concretará en San Juan y el Logos del IV Evangelio en quien reconocerá la Doctrina del "Verbo de Dios", que junto a San Pablo y la elección de los 27 textos canónicos que constituyen el Canon del Nuevo Testamento en la Sagrada Escritura inspirados por el Espíritu Santo completará la tradición de Israel recogida en los 46 libros del Antiguo Testamento, y que conformarán los 73 libros sagrados de la Biblia de Jerusalén.

Los primeros capítulos del Génesis demuestran la sublime dignidad de las personas humanas. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor por el Hijo, se manifiesta plenamente al hombre mismo y le descubre la sublimidad de su vocación.

En el pasaje de Abel, la víctima mártir asesinada, el hombre justo, que recoge el fruto de su trabajo y lo ofrece en acción de gracias a Dios, se muestra a un Caín, el victimario homicida, el hombre indigno, que ofrece su vil sacrificio con un corazón ruin.

En el Éxodo, la sangre colocada en los dinteles y las jambas de las puertas de los israelitas lo que los protegió aquella horrible noche en Egipto del exterminio del ángel de la muerte (Ex. 12,7.12), sólo era una anticipación de otra sangre, la de Cristo, portadora de la santidad y salvación definitiva.

En la historia de Jonás: "No se dará ningún signo que no sea el signo de Jonás", Cristo crucificado. El "Cántico de Ezequías", las meditaciones sobre Job, y el libro de Jeremías, nos muestran al profeta sufriente del Antiguo Testamento entregado a la voluntad de Dios hasta su martirio y asesinato.

Del martirio del mayor de los profetas de la Biblia, San Juan Bautista, de quien anuncia en el Nuevo Testamento la llegada del Mesías y la necesidad que tiene el cristiano de vivir la coherencia incluso ante los sufrimientos, destaca que si relativamente pocos están llamados al heroico sacrificio supremo, existe sin embargo, "un testimonio coherente que todos los

cristianos deben estar dispuestos a dar cada día, incluso a costa del sufrimiento y grandes sacrificios".

"Se requiere en efecto un compromiso muchas veces heroico para no ceder, incluso en la vida cotidiana, a las dificultades que presionan al comprometido y para vivir el Evangelio 'sine glossa' (sin atenuantes)", existen aún hoy mártires que entregan su vida por la fe en el mundo, y "nos hace pensar en los mártires de la fe que a lo largo de los siglos han seguido valerosamente sus huellas", los creyentes siguen sometidos a duras pruebas por su adhesión a Cristo y a la Iglesia".

Cap. II. La Iglesia Primitiva (s. I - IV d. J.C.).

Desde los primeros tiempos de la Iglesia Primitiva, se ha reconocido que la *sanguis martyrum est semen Christianorum* (la sangre de los mártires es la semilla de los cristianos). "En la Iglesia antigua, el martirio era considerado una verdadera celebración eucarística: realización extrema de la contemporaneidad con Cristo, del ser una cosa sola con Él" (Cardenal Joseph Ratzinger, Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, *Introduzione allo spirito della liturgia*, 55).

A partir de finales del siglo segundo, la fecha de la muerte del mártir se celebraba en su tumba como una natividad en los cielos, lo que llevó a la construcción de iglesias encima de estos lugares. De la misma forma, en la liturgia romana, los mártires están ubicados en las primeras filas, antes de todos los demás santos, vestidos con el color rojo de la liturgia que pone de manifiesto la naturaleza sangrienta de su sacrificio.

1) Jesús de Nazareth.

" ... Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados seréis cuando os injurien, y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros ... ".

La Pascua Judía y Cristiana.

Por aquel entonces en Jerusalén se preparaba la fiesta de la Pascua que celebraba la libertad de los judíos que escaparon del yugo de la esclavitud en Egipto en tiempos de Moisés y conmemoraba la noche en que los esclavos hebreos marcaron sus casas con la sangre de un cordero para que la venganza del ángel de Dios no alcanzara a los primogénitos de Israel.

¡ Dios de Abraham, Isaac y Jacob ! , ¡ Dios Justo ! , ¡ Dios Santo ! , ¡ Dios Inmortal ! , ¡ Dios Universal ! , ¡ Dios Padre Omnipotente ! , ¡ Dios Padre Piadoso ! , ¡ Dios Padre Eterno ! , cuanto hemos esperado que llegara el día de nuestra liberación, como Moisés que escapando de la espada del Faraón se convirtió en el libertador de los hebreos que huyeron del cautiverio de Egipto.

Ya habían transcurrido generaciones desde el primer enfrentamiento de Sansón y los israelitas contra los filisteos hasta su derrota definitiva con la unción del gran Rey David, origen del linaje y ascendiente directo del libertador de la casa de Israel que tanto esperaban los judíos, como en la época del exilio en tierras de Babilonia que tan amargamente profetizó

Jeremías, y que ahora bajo la dominación del Imperio Romano el pueblo israelita sentía en su propia tierra.

¡ Alegraos !, ¡ regocijaos !, porque nuestro cautiverio ha terminado, Cristo "El Ungido" está entre nosotros, es de la estirpe de David y de sus descendientes nos ha venido la salvación, de Belén de Judea es el hijo de Dios.

El "Rabí" o maestro como le llamaban, era hijo natal de Belén, de un "nagar" o carpintero del pueblo de Nazareth en Galilea que se llamaba José y que había hecho voto de nazareno o de consagrarse a Dios, y de una muchacha llamada María que era la madre virginal de Jesús. Había llegado a Judea a la casa de su amigo Lázaro, que convivía con sus hermanas Marta y María de Betania, un pueblo muy cercano a Jerusalén, venía de predicar por Galilea y del lugar a orillas del río Jordán en Perea donde su primo Juan, el mayor de los profetas de la Biblia, había estado al principio bautizando y anunciando la llegada del Mesías. Con sus discípulos, Simón Pedro o Cefas y su hermano Andrés, Juan y su hermano Santiago el Mayor o Zebedeo, Judas Tadeo, Santiago el Menor o Alfeo, así como Simón el Zelote o Cananeo, Mateo el publicano, Tomás al que llamaban el gemelo, Bartolomé o Natanael, y Felipe, ... hacían su entrada triunfal en Jerusalén.

¡ Oh Jerusalén !, proclama la gloria del Señor porque hoy es el día de tu liberación.

El Rey Herodes Antipas, tetrarca de Perea y Galilea, había hecho encarcelar y decapitar en su fortaleza de Maqueronte a Juan el Bautista, porque consideraba a Jesús de Nazareth como a un usurpador. La clase dirigente judía de los "haberim" o pertenecientes al "Sanedrín", o Supremo Consejo, también veían con recelo a Jesucristo porque el pueblo lo aclamaba y proclamaba como el Rey de los Judíos que les traería la libertad. La secta de los fariseos y saduceos que tenían la autoridad nacional y religiosa, los "soferim" o maestros de la Ley y estudiosos de las Escrituras, lo consideraban como a un perturbador que ponía en entredicho sus enseñanzas.

¡ Oh Señor !. ¡ Rey de Reyes !, que amas a tu pueblo y que escapaste de la espada de la casa de Herodes has venido para liberar a los oprimidos.

Que humilde condición la de aquellas gentes que como era habitual cada año se reunían procedentes de todas partes para dar gloria al Señor, eran "amhaares" de toda índole despreciados por los escribas y fariseos, "goims" o paganos, con "cuttonas", túnicas por vestido, y "simlahs", mantas de abrigo, desgastadas por el tiempo, en contraposición con aquellos que se distinguían por las "zizith", borlas o franjas que los israelitas llevaban en los vestidos para recordar los mandamientos de la Ley de Dios, con las "cufiehs", prendas para la cabeza, o "taliss", que caían sobre sus hombros, y que solían llevar cuando oraban en la sinagoga.

¡ Santo !, ¡ Santo !, ¡ Santo !, es el Señor, Dios del Universo, llenos están el Cielo y la Tierra de tu Gloria, ¡Hosanna! en el Cielo, bendito el que viene en nombre del Señor, ¡Hosanna! en el Cielo.

El poder del César, el Emperador de Roma, era omnisciente, y divinizado por el paganismo del Imperio, el politeísmo era la religión oficial. Y Judea era una provincia romana que por el pasado histórico monoteísta de la tradición judaica, depositaria de las tablas de la Ley que Moisés en el monte Sinaí recibió del mismo Dios, la convertía en caldo de cultivo de insurrecciones y sublevaciones por su reticencia a adoptar las costumbres y usos de sus conquistadores. Especialmente en estas fechas las guarniciones romanas de la Torre Antonia de la ciudad estaban en estado de alerta permanente, pues los judíos alentados por su exaltado sentido del nacionalismo y exacerbados por la convicción de ser el pueblo elegido de Dios, hacía ya largo tiempo que consideraban al ejército de ocupación como al opresor. El Gobernador romano, el procurador Poncio Pilato, alertado por los disturbios y motines ocasionados por miembros de fanáticas y agresivas sectas judías como la de los zelotes o

los sicarios, con un tal Barrabás al frente que había sido encarcelado, también juzgaba la fama que precedía al galileo como un signo de inestabilidad para lograr imponer en su provincia la voluntad del César Tiberio retirado en Capri y cuyo regente era Calígula, y porque ponía en peligro su soberanía y era un estorbo para sus fines en aras del orden público establecido.

¡Escucha Oh Israel !. No endurezcas tu corazón como hicieron nuestros antepasados junto a la montaña sagrada del Sinaí, porque tuvieron que vagar por el desierto durante una generación hasta encontrar la tierra prometida de Canaan.

Se acercaba el día de los panes ácidos cuando había que sacrificar el cordero pascual, y Jesús se dirigió al Templo de Jerusalén para orar al Señor, y encontrando en sus atrios a cambistas y mercaderes que negociaban con el precio de las ofrendas que se habían de entregar a la casta de los sacerdotes para llenar sus arcas del tesoro, arremetió contra sus puestos derribándolos y desparramando las monedas por el suelo, y a latigazos les expulsó del Templo.

¡ Pídeme ! y te daré las naciones en herencia y extenderé tus dominios hasta los límites de la tierra. Los regirás con vara de hierro y como vaso de alfarero los romperás.

Y buscando la manera de quitarlo de en medio sin que la gente se enterara, dos días antes del día de los panes sin levadura se había tramado una traición contra Él, entre un tal Judas Iscariote, habitual entre sus allegados que administraba los ases de cobre que recibían de las gentes para atender sus necesidades y había decidido entregarle a cambio de dinero, y el Sumo Sacerdote, Caifás, que para apresarle había acordado una recompensa de 30 siclos de plata, única moneda nacional judía en circulación.

Llegó el día en que se celebraba la noche de la pascua judía, y hacia el atardecer cuando empezó a cesar el bullicio de las gentes por las calles, Jesús después de predicar en el Templo se retiró con sus discípulos a un cenáculo de la ciudad .

El Señor es mi vara y mi cayado, ¡ nada temeré !. El Señor es mi pastor, ¡ nada me falta !...

El lugar de encuentro con la Guardia del Templo donde habían acordado prenderlo sería durante la noche después de la cena pascual en el huerto de los olivos, llamado Getsemaní, con el fin de llevarle acto seguido a juicio y condenarlo a pena de muerte. Los cargos de que se le acusaría serían de sedición y blasfemia, y antes de despuntar el alba sería llevado ante Poncio Pilato para su crucifixión porque el poder romano se reservaba el "jus gladii", es decir, tenía la última palabra para decidir entre la vida o el suplicio en cruz de un reo.

¡ Ay de ti Jerusalén ! que matas a tus profetas, destruye este Templo y Sagrario del Espíritu Santo y en tres días lo reconstruiré, porque la piedra del fundamento que desechasteis será la piedra angular.

Creemos que el mejor modo de enfocar la cuestión de la asunción del sacrificio de la cruz por Nuestro Señor Jesucristo es ser conscientes de la limitada capacidad de entendimiento del ser humano sobre el sentido mesiánico de su misión salvífica.

Queremos decir que es necesario un ejercicio de humildad que nos permita comprender que aunque nada se esconde al saber divino, si es al hombre a quien no le alcanza el discernimiento para entender en su total y verdadera dimensión el significado de la entrega del hijo de Dios por la salvación del hombre.

En el pasaje del Evangelio después de la última cena en el que Jesús de Nazareth en el huerto de los olivos de Getsemaní, en orante diálogo con Dios Padre, le implora no ser crucificado, y acto seguido por su amor filial, afirma: "hágase tu voluntad y no la mía", está reafirmando en su condición de salvador y mesías, un acto de obediencia pura, de total entrega

a su inmolación, conteniendo el verdadero sentido del martirio, en contra de su voluntad y a causa de la iniquidad de los hombres, asumiendo el sacrificio por el valor supremo de su misión salvadora, donde encuentran verdadero significado las palabras: "... no hay mayor amor que el que entrega su vida por los demás...", "... es necesario que el hijo del hombre muera para que sea ensalzado...", ... porque la voluntad de Dios es salvar al género humano aunque deberá sufrir por ello su propio hijo el martirio por la maldad del hombre.

El sufrimiento vicario de Cristo.

" Y tomando consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a sentir tristeza y angustia. Entonces les dice: mi alma está triste hasta el punto de morir; quedaos aquí y velad conmigo.

Voluntad ciertamente misteriosa, pero que nos pone violentamente, cara a cara, con el gran amor que Dios tiene al hombre, haciendo que un Dios encarnado, en carne humana sufra por él.

El cristiano, imitador de Cristo, seguidor de los pasos de su Maestro, ¿se extrañará si en su camino aparece el sufrimiento?. El convencimiento de que Dios es mi Padre y quiere lo mejor para mi, aunque no lo entienda, le hará clamar también : " no se haga mi voluntad, sino la Tuya".

.....Pavor. Angustia. Tristeza hasta el punto de morir. Sudor como gotas espesas de sangre..... Y los discípulos, tu y yo, dormidos por la tristeza.

¿Cómo debía de ser ese dolor de Cristo transformado en sufrimiento, que le lleva a sudar gotas de sangre?. ¡Qué bien se refleja aquí la ruptura que el dolor produce en el alma. ¡Cómo éste, el sufrimiento, ha pasado de los sentidos al alma, al yo, al espíritu, a la persona!.

Abrazar como Cristo, la cruz, el sufrimiento, aceptando, queriendo, amando la Voluntad divina, no es de extrañar que un cristiano, aún en el martirio, sea feliz, alegre por ser corredentor, ya que colabora a restaurar con Cristo la naturaleza humana, la creación, a su origen primitivo antes de que entrase, por el pecado original, el mal en el mundo.

Esta es la respuesta, la esperanza del cristiano a la pregunta sobre el sentido del sufrimiento. Al morir Jesús, el mismo Dios, bajo figura finita, destruye los efectos del pecado original y todos los personales, produciendo una nueva creación.

...porque eres inocente y vas a morir por nosotros, que somos los únicos culpables.....para qué.....viviésemos al fin " in libertatem gloriae filiorum Dei ", en la libertad y gloria de los hijos de Dios.

De este modo, adquiere pleno sentido una de las obras cumbres del historiador Daniel Rops: Muerte, ¿ dónde está tu victoria ? ; la vida del cristiano es la historia de la ascensión del sacrificio de la cruz y de su propio martirio para salvación de su alma humana y resurrección a la vida eterna. Esta aspiración de la humanidad por los valores espirituales recibió su confirmación con la película La Pasión de Cristo de Mel Gibson (2004).

Jesús de Nazareth fue martirizado... y lo dicen profesionales en psicología y teología, opinar lo contrario, es decir, que se suicidó, es de un reduccionismo y una autosuficiencia que se parece a los opinólogos ... como la dramática posición de Pilatos cuando se pregunta "¿ Qué es la verdad ?" y actúa como si no existiese estando ante Cristo; el victimario sumerge a la víctima en una cultura de la muerte, del relativismo y la negación de la verdad.

Realmente, estamos asombrados de que puedan existir profesionales, que puedan afirmar sin lugar a dudas, y sin conciencia del grave sacrilegio que están cometiendo, que Jesucristo fue sujeto de una autoinmolación, debe existir alguna explicación plausible a una

interpretación de este tipo, a nuestro entender, sea resultado de una mala traducción, o bien, porque en origen se pretendió que así fuera, nos encontramos con el mismo problema, un error doctrinal en las bases de la psiquiatría y la psicología.

Los Apóstoles y protomártires:

Un ejemplo que podemos traer a colación y que existió ya en sus lejanos orígenes, con nuestro protomártir San Esteban, es como hubo de brillar luego en toda su evidencia en aquellas dramáticas horas en que, frente a los verdugos de Roma, millares de cristianos prefirieron la muerte a apostatar de la fe, entregando su vida en un acto sublime de obediencia a Dios.

Otros dedicaron sus últimas palabras precisamente a la misericordia y al perdón, en imitación del ejemplo dado por Cristo en la cruz y seguido ya por el primer mártir, San Esteban que fue lapidado.

La religión cristiana se difundió muy rápida desde Jerusalén hasta Antioquia, antes de llegar al Occidente, en Roma. El Cristianismo llegó a las costas de India, donde San Tomás Apóstol predicó y fue martirizado, mientras San Judas Tadeo y San Bartolomeo predicaron el Evangelio en Armenia. Gracias a sus martirios, Armenia se convirtió en el primer país cristiano.

Por voluntad de Cristo, Juan sería el único de los 12 apóstoles que no moriría de muerte violenta, y a excepción de Judas Iscariote que se suicidó, el resto sufriría el calvario del martirio.

a) Los Evangelios.

Juan.

"En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio con Dios. Todo fue hecho por Él y sin Él nada se hizo de cuanto ha sido hecho" (Jn 1, 1-3).

"El buen pastor da su vida por las ovejas" (Jn 10,11), y el testimonio de los cristianos se asemeja siempre con el misterio del grano de trigo: "Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si cae en tierra buena y muere da mucho fruto" (Jn 12,24). Cristo, en la víspera de su pasión, anuncia su glorificación a través de la muerte. Los mártires, recorren "El Camino" (así se llamaban a sí mismos los cristianos) de Jesús al decir de sí mismo: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida" (Jn 14, 6). El martirio toma parte directamente en la obra de Cristo, permaneciendo unidos a Él que salva y santifica (Jn 15,5). "Dado que Jesús, el Hijo de Dios, manifestó su amor entregando su vida por nosotros, nadie tiene mayor amor que el que entrega su vida por Él y sus hermanos" (Jn 15,13).

Jesús al dirigirse a Pedro: "En verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías, e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras". Y el evangelista agrega: "Con esto indicaba la clase de muerte con que iba a glorificar a Dios" (Jn 21,18-19).

Marcos.

Refiriéndose Jesús a Pedro: "Tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres" (Mc 8,32). Luego, ¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si arruina su vida? ...quien pierda su vida por mi y por el Evangelio, la salvará" (Mc 8,36). La prueba era necesaria para el cumplimiento de la misión, el martirio.

Mateo.

"Y adelantándose un poco, cayó rostro en tierra y suplicaba así: Padre mío, si es posible, que pase de mi esta copa, pero que no sea como yo quiero, sino como quieras Tu" (Mt 26, 37-39). "Y alejándose de nuevo, por segunda vez oró así: Padre mío, si esta copa no puede pasar sin que yo la beba, hágase tu voluntad" (Mt 26,42).

La orden del Señor "vayan y hagan discípulos de todos los pueblos" (Mt 28,19) es anuncio como el martirio de la semilla de nuevos cristianos.

Lucas.

También enseñó a sus padres a obedecer al orden en la obediencia: " ¿ No sabíais que es necesario que yo esté en las cosas de mi Padre ?" (Lc 2, 49). Cristo obedeció a Dios Padre, su Padre, nuestro Padre, hasta la muerte y muerte de cruz. Obediente a sus padres " bajó con ellos y vino a Nazareth, y vivía sujeto a ellos." (Lc. 2, 51).

"Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame" (Lc 9, 23). "Os digo que si uno se declara a mi favor delante de los hombres, también el Hijo del hombre se declarará a favor suyo delante de los ángeles de Dios" (Lc 12,8).

" ¿Es que no temes a Dios, tu que sufres la misma condena?. Y nosotros, con razón, porque nos la hemos merecido con nuestros hechos; en cambio, éste nada malo ha hecho. Y decía San Dimas: Jesús, acuérdate de mi cuando vengas con tu Reino. Jesús le dijo: Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso." (Lc 23, 40-43).

b) Los Hechos de los Apóstoles.

En el sacrificio vemos la inspiración del Espíritu Santo que Jesús prometió a los Apóstoles como la facultad mediante la cual serían sus testigos, sus mártires, hasta el fin de los días (Hch 1:8). La antigua tradición de la Iglesia presenta el relato de los Hechos de los Apóstoles en referencia a su identificación con el testimonio del Señor, sufrir la "humillación por el bien de su nombre" (Hch 5:40), en cuanto está estrechamente relacionada con el sufrimiento y la muerte por la fe (Hech 1:8 y 22).

c) Las Epístolas.

La vida de San Pablo y su misión está en relación con el sufrimiento y el dolor, con su comunión con la pasión de Cristo (1 Cor 2,1 ss.; Gal 4,12-14), fue decapitado.

La nube de testigos (Hb 12,1), ha completado "lo que falta a la Pasión de Cristo". "Me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo lo que falta a las tribulaciones de Cristo en mi carne, en favor de su cuerpo, que es la Iglesia" (Col 1,24).

La cruz es un escándalo y una locura (1 Cor, 22-25) para el mundo, el valor del cristiano se expresa en las palabras del apóstol Santiago: "Vosotros que no sabéis qué será de vuestra vida el día de mañana ... ¡Sois vapor de agua que aparece un momento y después desaparece" (St. 4,14), y en las vibrantes afirmaciones de San Ignacio de Antioquía: "De nada me serviría todo el mundo y todos los reinos de aquí abajo; para mi es mejor morir por Cristo Jesús que ser rey sino en los confines de la tierra. Yo busco a Aquel que murió por nosotros; yo quiero a Aquel que por nosotros resucitó", ante su inminente martirio (Epístola ad Romanos, 4,1): "Dejad que me devoren las bestias, que es mi manera de llegar a Dios. Soy el trigo de Dios, y debo ser molido por los dientes de las bestias salvajes, para que pueda llegar a ser el pan puro de Cristo".

3) Los Padres Apostólicos y Apologistas Cristianos.

Así como la exégesis, o ciencia de la Escritura, de los primeros autores de letras cristianas,

los Padres Apostólicos, de aquellos que aún eran testigos directos de las enseñanzas de los apóstoles, de entre los más conocidos encontramos a los obispos: San Ignacio de Antioquía y San Policarpo de Esmirna; a los que siguió una nueva literatura cristiana, que se denominará de los Apologistas Cristianos, el más célebre, San Justino.

Las etapas que se habían esbozado desde los discípulos inmediatos al mensaje de Cristo, la de los Padres Apostólicos y Apologistas Cristianos, derivaría en una filosofía cristiana que llegaría a la elaboración de un sistema de pensamiento religioso que tendría en el Obispo de Lyon, su máximo exponente, San Ireneo, que reafirmaría el primado de la Iglesia de Roma, la síntesis de la tradición de los profetas veterotestamentarios, los evangelios sinópticos y textos canónicos, y de la historia del pueblo de Dios en la Biblia.

Los dos focos del pensamiento cristiano contemporáneos al de Roma, fueron los de la escuela Alejandrina, un "didascalio" cristiano, de servidores del Verbo, didáscalos (o doctores), y el de Cartago.

En todos los períodos de la historia de la Iglesia se ha vuelto a verificar la palabra de Tertuliano, que escribía en el año 197: "La sangre [de los mártires] es semilla de los cristianos" (Apologético, 50). Encontramos la misma idea ya a mitad del siglo II, en el discurso de autor desconocido dirigido al pagano Diogneto: "¿No ves que [los cristianos], arrojados a las fieras con el fin de que renieguen del Señor, no se dejan vencer?. ¿No ves que, cuanto más se los castiga, en mayor cantidad aparecen otros?" (7, 7-8). Hipólito Romano escribía, durante la persecución de Septimio Severo de la que hablaremos más adelante, que un gran número de hombres, atraídos a la fe por medio de los mártires, se convertían a su vez en mártires (Comentario sobre Daniel, II, 38).

La motivación teológica: "la gloria de Dios es el hombre vivo" (gloria Dei vivens homo), de carácter antropológico: la "visión de Dios es la vida del hombre" (vita hominis visio Dei), es el tremendo grito de San Ireneo en respuesta a los gnósticos: Caro capax dei; ¡carne con capacidad para Dios!

Como decía San Ambrosio, refiriéndose a su tiempo, cuando ya los cristianos salían de las catacumbas y las persecuciones exteriores habían acabado: "¡Cuántos hoy son mártires en secreto y dan testimonio al Señor Jesús!" (Comentario al Salmo, 118).

Conclusión.

El contexto histórico de Jules Charles Henri Petiot.

Daniel Rops, su nombre literario, es a nuestro modo de ver, uno de los historiadores del cristianismo más prolíficos que ha tenido la Iglesia, fue fundador de la revista *Ecclesia*, ocupó el sillón 7 en 1955 de la Academia de la Lengua, y como miembro Comendador de la Legión de Honor, una de las personalidades más respetadas en el campo de la Literatura y la sociedad en Francia, un dato anecdótico, es que fue el profesor de universidad más joven del país, que se convirtió en uno de los conferenciantes más prestigiosos y valorados por los círculos académicos. Que podemos decir más a su favor, que el agradecimiento por su labor historiográfica, fue reconocida por el mismo Santo Padre, Pío XII, por mediación de su Secretario de Estado, el futuro Cardenal Montini, y Papa Pablo VI.

Las actas martiriales que se describen en su libro "La Iglesia de los Apóstoles y los Mártires", están corroboradas ampliamente por documentos históricos de gran rigor científico, y no cabe lugar a dudas, de que su intención fue siempre honorable. En este punto, apoyamos la disyuntiva de mostrar toda la verdadera dimensión de los hechos ocurridos entre los ss. I a IV d. J.C. en que las persecuciones de los cristianos, fueron las más atroces, sanguinarias, crueles y salvajes que hayan podido nunca existir en la historia de las civilizaciones humanas.

El acto de inmolación u oblación.

Con el debido respeto y consideración a su labor profesional, planteando un nuevo problema que se suma al ya discutido conflicto con K. Menninger sobre la confusión observada y la discutida así como necesaria diferenciación entre el concepto de suicidio y martirio.

Un acto de oblación, o en términos antropológicos de inmolación, y según los arquetipos de la cultura, de sacrificio, que se pueden identificar en los actos de un suicida, no son los que identificamos en un mártir.

Contrariamente a la afirmación sobre el acto de suicidio de un mártir por un ideal que acostumbramos a ver en la prensa escrita, tenemos que diferenciar, que un suicida es sujeto de suicidio y un mártir de martirio, dos conceptos distintos que no deben confundirse.

Cuando de la existencia de un homicidio inflingido por el propio sujeto en si mismo o por mandato a su voluntad mediante terceras personas se deriva la muerte, tenemos que hablar de suicidio.

Cuando del acto de privar de vida a una persona por causa de muerte se deriva un asesinato contra la voluntad del sujeto a causa de su honor por negarse a aceptar el mandato de renuncia a un ideal, y que ha asumido su sacrificio a cambio de su vida en un acto sacramental de inmolación u oblación pura, debemos hablar de martirio.

Volvemos a encontrar en la base del conocimiento doctrinal psicológico y psiquiátrico, y en este caso, psicoanalítico, una grave confusión de conceptos para el desarrollo de nuestra disciplina, puesto que no hace distinciones entre ambos términos y si las tiene: el martirio no es un acto suicida por un ideal como pretende K. Menninger, puesto que el mártir no es un suicida, podemos decir que en el martirio, el mártir es la víctima que rehusa aceptar el mandato de su renuncia, y por contra en el suicidio, el suicida es el victimario homicida por mandato a su voluntad.

Este argumento se desarrolla en extenso en la siguiente parte de la Conferencia: Psicología del Martirio (II); perteneciente al área de Psiquiatría Social del VI CVP - Interpsiquis 2005.

Documentación.

Los siguientes datos históricos y el cuadro cronológico sobre el Imperio Romano y el Martirio Cristiano, son un extracto refundido del libro: "La Iglesia de los Apóstoles y los Mártires" de Jules Charles Henri Petiot (o Daniel Rops).

Las Actas Martiriales. Archivos oficiales y no oficiales.

Según el cronista Orígenes, se pretendía: "exterminar por doquier el nombre mismo de Cristo". Podemos enumerar esas víctimas de las grandes persecuciones en todos los países, en todas las clases sociales, en todas las edades y en todas las condiciones. No hay ninguna de las viejas diócesis de Europa, del Asia Menor o del África que no haya contado con ellas. Pero, debemos abstenernos de enumerar en sus detalles las horribles formas con que era aplicado de diversos modos su martirio, y conviene que imitemos la moderación de los narradores y evitar de hacer comentarios porque no existe medio alguno imaginable de torturar seres humanos que no fuese aplicado en los cristianos. Digamos solamente que la decapitación aparecía como medida de clemencia: ¡Seré humano - decía el magistrado de Roma - y te condenaré a que te degüellen!, refiriéndose a la espantosa costumbre de ser entregado a las fieras como espectáculo en el circo para embriagar con el sádico placer de la tortura a las muchedumbres sedientas de sangre cristiana, el motín del pueblo impulsado al crimen y la caza de cristianos.

14-37. Tiberio (dinastía Julio-Claudia). 37-41. Calígula. Persecución de Herodes Agripa: 41. 41-64. Nerón. Incendio de Roma: 64. 81-96. Domiciano. Edicto de persecución: 92-96.

Crucifixión de Cristo: 30. Protomartirio de San Esteban: 36. Evangelio arameo de Mateo: 50-55. Evangelio griego de Marcos: 55-62. Evangelio griego de Lucas: 63. Los Hechos de los Apóstoles: 63-64. Epístolas de San Pablo: 52 -66. Martirio de San Pedro y San Pablo: 66-67. San Juan escribe el Apocalipsis: 82-96.

96-98. Nerva (dinastía de los Antoninos). 98-117. Trajano. 138-161. Antonino. 161-180. Marco-Aurelio.

San Juan escribe su Evangelio. Martirio de San Ignacio de Antioquía: 107. Martirio de San Policarpo de Esmirna: 155. Martirio de San Justino: 163. Mártires de Lyon: 177.

193-249. Septimio Severo (dinastía de los Severos). Comienzo de la persecución sistemática: 202; y de la anarquía militar: 235. Felipe el Árabe: 244-249.

Martirio de Santa Perpetua y Santa Felicitas: 203, ...

La persecución de Septimio Severo fue la más dura, vasta e inexorable de cuantas la precedieron, si hasta ese momento hombres y mujeres cristianos eran llevados ante los jueces, condenados y ejecutados, porque habían sido denunciados, el rescripto de 202, ordenaba la persecución sistemática y metódica de los cristianos: redadas y tandas de víctimas en los anfiteatros de Roma y sus provincias, atestados de mártires de todo el mundo romano, presos de las fieras y las hogueras, habían sido acusados de pertenecer a una secta proscrita, según narra la leyenda acusados de antropofagia en sus liturgias rituales, de incesto entre sus hermanos fieles, de infanticidio y otras peores atrocidades, etc...

En las Galias, la muerte de San Ireneo, San Andeol, patrono de la Iglesia de Viviers, fue ejecutado ante el mismo Emperador; San Alejandro, Epipodio, Marcelo, Valentín y Sinfiriano, cuya memoria se venera en Chalons, Tournus y Autun, ... pero debemos recuperar de entre las muchas historias que forman parte de la herencia de la Iglesia y el martirologio de los santos, la narración de los siguientes hechos:

Santa Perpetua, fue encadenada con Felicitas y Revocato, esclavos, y arrojados al calabozo de Cartago, entre los diáconos y catecúmenos, se hallaba Saturnino y Secundulo, y su santo catequista Saturio; en la mazmorra de los fosos entraron en éxtasis místico envueltos en visiones celestiales y entregados a las fieras; pasado el invierno llegó el interrogatorio de Perpetua que reza del siguiente modo: ¡Apídate de las canas de tu padre y de la niñez de tu hijo !, ¡ Sacrifica ! - No sacrifico. - ¿ Eres cristiana ? - ¡ Soy cristiana !. Santa Felicitas había llegado al octavo mes de embarazo y llegó al parto, el guardián se mofó: "Si ahora te quejas, ¿ qué vas a hacer delante de las fieras?"; y respondió: "Mi sufrimiento actual, soy yo quien lo padezco, mientras que allí habrá otro en mí, y yo sufriré por él". Su martirio el 7 de marzo de 203 en las arenas del anfiteatro fue una carnicería salvaje que se repetía hacía 150 años y en las que hombres, mujeres y niños fueron presas de los leones ... en cuanto a las dos santas aun vivas de ser devoradas por un oso, un leopardo, un jabalí, etc ... se recurrió a la espada, y encargóse a un gladiador que las degollara. Las actas de los mártires, fueron redactadas en su mayor parte por Santa Perpetua: "Todos los que fuisteis testigos de estos hechos os acordaréis de la gloria del Señor - escribe el cronista -, y quienes los conozcáis por este relato, os sentiréis en comunión con los santos mártires y, por ellos, con Jesucristo, nuestro Señor, para quien son la gloria y el honor".

En Alejandría, la escuela de Clemente fue perseguida, llevaron al suplicio a varios catecúmenos, y Potamiana, muchacha cristiana, a la que arrojaron junto a su madre a una caldera de betún ardiente. Durante los últimos meses del reinado de Felipe, la muchedumbre reaccionó brutalmente, y los cristianos fueron agredidos en las calles o en sus casas, apaleados y lapidados. Apolonia, una joven cristiana, fue golpeada hasta romperle la mandíbula y luego la quemaron viva. Serapio, precipitado desde lo alto de su casa, ... continuando el motín con pillaje de las casas cristianas.

250-260. Edictos de persecución de Decio: 250 - 253; y Valeriano: 257 y 258 – 260.

Martirio de San Cipriano: 258, ... y los mártires de Europa, Asia Menor y África.

Fue en la época de Decio que la incertidumbre de los regímenes en plena decadencia, sin el sentimiento de culpabilidad y de debilidad que el heroísmo de los mártires inscribiría en sus perseguidores, lo que hizo se promulgara el edicto de persecución de 250 seguido por los de Valeriano en el mes de agosto de 257 dictando un edicto imperial contra la Iglesia, que prohibía el culto y la visita a los cementerios cristianos obligando a sacrificar a los ídolos, reforzando estas medidas de persecución con el nuevo edicto de 258.

El primero fue el Papa Sixto II, en Roma, sorprendido con su clero en una cámara del cementerio del Pretextato, fue decapitado allí mismo, en la catedral episcopal donde estaba sentado; su diácono Lorenzo, fue torturado hasta la agonía y muerte, colocado en una parrilla lo asaron vivo a fuego lento... En esta época se trasladaron los cuerpos de San Pedro y San Pablo, del cementerio Vaticano y la cripta de Lucina, en la Vía Ostiense, y fueron depositados ad catacumbas en la Vía Appia para su seguridad.

Los cristianos, sacerdotes y laicos fueron deportados a las minas, las celebraciones litúrgicas severamente castigadas, como la historia del acólito en la catacumba de Calixto que fue ejecutado inmediatamente, también las jóvenes Rufina y Secunda, de la alta aristocracia, o la del grupo de fieles de la cripta de la Vía Salaria que fueron sepultados vivos, etc...

En Pérgamo, el Obispo Carpo y sus compañeros fueron quemados en el anfiteatro, y durante el martirio, una mujer del público, Agatónica, se levantó de repente, gritó su fe cristiana e, inmediatamente, fue arrojada a la misma hoguera.

San Dionisio, obispo de París, fue decapitado, con sus compañeros Rústico y Eleuterio; San Saturnino, en Toulouse, fue atado a un toro furioso al que se precipitó desde lo alto del Capitolio; ... En las Galias, San Victoriano, en Puy de Dôme; San Privato, en Javols; San Patroclo, en Troyes; San Poncio, en Cimiez; el sacerdote Hipólito, en Porto ... En España, del Obispo de Tarragona, San Fructuoso, se conoce el siguiente diálogo ante el gobernador de la provincia: ¿ Eres Obispo ? - Lo soy; - Lo fuiste; y sin más fue llevado a la hoguera.

En Asia, los tres cristianos de Cesarea de Palestina: Malco, Alejandro y Prisco, que se entregaron a los magistrados. En Lycia, Paregorio y el asceta León. En Capadocia, el niño San Cirilo, ... En Cartago, los cristianos eran llevados a las piras de fuego de aceite ardiendo, sino eran muertos por linchamiento; San Lucio y San Montano fueron decapitados por ser clérigos. En Utica, la massa candida, el Obispo Cuadrato y sus fieles, que fueron arrojados a un horno de cal viva, incluyó a toda la comunidad cristiana, con el clero al frente.

Esmirna, el gran puerto de Asia, había de ser duramente castigado. El sacerdote Pionio fue detenido con sus fieles, y después de increparles, zanjó: ¡Sí, ya sé que la vida es dulce, pero nosotros esperamos otra vida!. ¡Sí, la luz es bella, pero nosotros soñamos con tener la verdadera luz!... Tu consigna es convencer o castigar. No me puedes convencer, ¡castígame entonces!. El encarcelamiento en el más infecto de los calabozos precedió a su suplicio, tendido sobre un caballete lo desgarraron con garfios de hierro, y en la arena del estadio clavado en un poste fue quemado entre gritos: ¡Tengo prisa de morir para despertarme cuanto antes en la resurrección!.

Egipto y Palestina fueron especialmente castigadas por las persecuciones, fue entonces cuando se produjo el episodio de Marino, oficial de las tropas palestinianas aspirante a centurión, que obligado a sacrificar a los emperadores, se negó y fue decapitado.

San Cipriano, el gran Obispo de Cartago, en África, dejó una narración de penosos hechos, fue desterrado a Curube, y al año siguiente el Estado Mayor del procónsul lo devolvió a

Cartago. "Tu sabes - dijo el magistrado - que los santísimos emperadores han ordenado que sacrifiques. - Sí - respondió el obispo-, pero no lo haré.- ¡Ten cuidado!, ¡reflexiona!. Haz, pues, lo que se te ha ordenado, pues es un asunto tan sencillo, verdaderamente que no hay necesidad de deliberación. El acta martirial describe que el magistrado inscribió en sus tabletas: Ordenamos que Tascio Cipriano sea degollado, y la respuesta: ¡ Gracias a Dios !. La ejecución ordenada en 258 llevóse a cabo en el campo de Sextio, y la multitud increpaba: ¡ Queremos morir con él !, ¡Somos de Tascio Cipriano!, lo enterraron después de decapitado en el cementerio de Mappala, en Piscinas.

En los archivos no oficiales tenemos la impresión de que los verdugos actuaron días y días liquidando a los mártires por hornadas; así debió suceder según se observa en las cartas de San Montano de África y sus compañeros mártires, que según relata el cronista después de la pasión, las madres cristianas exclamaban: ¡Gloria!, ¡Gloria!, ¡Nadie tuvo un martirio tan hermoso!; o las de Santiago y Mariano de Lambesa, cuyo relator se mostraba en estos términos: ¿Qué pensáis de todo eso, paganos?. ¿Todavía creéis que los sufrimientos de la prisión hagan sufrir de veras a los cristianos y que basten las tinieblas de un calabozo para espantar a quienes les aguarda la dicha de las luces eternas?. ¡Un alma sostenida por la esperanza de la próxima gracia y que vive ya en el Cielo por el espíritu, ni siquiera se percata de los suplicios con los que vosotros la aniquiláis!. Nuestros hermanos consagrados a Dios, tienen, día y noche, un apoyo: Cristo. Les siguieron tantos otros, el tendero de Éfeso, que fue Máximo, el jardinero Conon, ... Las actas martiriales muestran a multitudes turbadas por el espectáculo de las torturas de los cristianos en Cirta y otras muchas ciudades.

284-311. Diocleciano. Terrible y suprema persecución: 293-305. Galerio, moribundo (311) renueva las medidas de persecución. Constantino gobierna el Occidente. Persecución de Maximino Daia en Oriente.

Martirios de Santa Inés, San Sebastián, San Cosme y San Damián, Santa Catalina, San Ginés, San Mauricio y la legión tebana, ...

Preparóse el Edicto de Nicomedia que ordenaba el cese de las asambleas cristianas, la demolición de las Iglesias, la destrucción de los libros sagrados y la abjuración. Fue la última de las grandes persecuciones, pero también la peor. En Arabia, mataban a hachazos. En Capadocia, cortaban las piernas. En Mesopotamia, colgaban de los pies, cabeza abajo, y los quemaban con hogueras, les cortaban la nariz, las orejas y la lengua. En el Ponto, hundían bajo las uñas cañas afiladas o les vertían plomo fundido. En Frigia y Palestina, hasta los posos del suplicio a las cristianas por ser vírgenes se las martirizaba, y pueblos cristianos fueron exterminados íntegros....

En Italia, Santa Inés, virgen y mártir adolescente, condenada a ser encerrada en un lupanar y decapitada; San Sebastián, tribuno de una cohorte pretoriana acribillado por flechas; En Roma, el Papa Marcelino; y en Sicilia, en Siracusa, Santa Lucía, cuya sangre derramada aún se venera hoy en Nápoles ...

El Obispo de Sirmium, sobre el río Danubio, cuando fue detenido y mientras le torturaban en el potro, el gobernador le repitió: ¡ Sacrifica de una vez !, y en medio de sus espantosos sufrimientos , respondió: ¿...Sacrificar...?. Estoy sacrificando a mi Dios, a quien siempre lo sacrificaré todo; mientras la multitud le gritaba : ¡ Apiádate de tu juventud !.

Con la persecución de Diocleciano que prendió a su chambelán cristiano, Doroteo, al Obispo Antino y a muchos sacerdotes y fieles que perecieron entre horrosas torturas, se enlazan tres nombres de mártires que figuran en el canon de la Misa, los de San Cosme y Damián, médicos de origen árabe, martirizados en Palestina, y el de Crisógono, que pereció en Aquilea. Y también San Jorge, cristiano que la tradición afirma rasgó el edicto de Nicomedia, proclamado patrón de los soldados; San Blas, Obispo de Armenia; San Erasmo, ermitaño del Líbano, martirizado en Campania; San Pantaleón, patrono de los médicos. Santa Margarita de Antioquía, venerada por los Cruzados; y Santa Catalina, joven estudiante de Alejandría,

que la hicieron despedazar por unas ruedas armadas de espadas, cuyo cuerpo fue transportado al Sinaí donde se yergue el convento que lleva su nombre.

Otros episodios de esta terrible y suprema persecución han arraigado, tal sucede con la historia del martirio de la cristiana de Egea de Cilicia cuando gritaba al gobernador: ¡... Deshonras a tu madre y a tu esposa, tratándome así ...!; o con la tortura y muerte de San Ginés.

En Palestina, de Cesarea, Afianos y Eclesios, dos estudiantes de la Universidad de Beirut, cuando el gobernador iba a proceder al sacrificio, Afianos le impidió derramar las libaciones rituales, fueron detenidos, empapados en aceite ardiendo y arrojados al mar.

El Obispo africano Félix, intimidado a entregar los Libros Sagrados, respondió al Juez: "Prefiero abrasarme, a dejar que quemen las Sagradas Escrituras", y el diácono Hermes de Heraclea dijo: "Si el éxito coronase tus despiadadas búsquedas, juez, si incluso llegases a hacerte entregar todos nuestros Santos Libros y ya no quedase la menor huella escrita de nuestra Santa Tradición en todo el Universo, sabe que nuestros hijos, fieles a la memoria de sus padres y animados del celo de su propia salvación, reharían pronto en mayor número sus volúmenes y enseñarían con redoblado entusiasmo el respeto y el temor del Señor". En Salónica, la joven Santa Irene, cuyas dos hermanas habían sido ya martirizadas, declaró: "Preferimos ser quemadas vivas, o sufrir todo lo que queráis, a entregar los Libros".

Aún se conserva el archivo oficial de interrogatorio de las tres hermanas Agapé, Chionia e Irene y de las otras cristianas de Salónica que les acompañaron en el trance: ¿ Qué contestas tu, Agapé ? - Que creo en Dios vivo y que no abandonaré el camino verdadero. - Y tú, Irene, ¿ por qué desobedeces a los Emperadores ? - Por temor de Dios. - ¿ Y tú, Chionia, qué dices tú ? - Que creo en el Dios vivo y que no he cometido ninguna impiedad. - ¿ Y tú, Casia ? - Que quiero salvar mi alma. - ¿ No quieres, pues, sacrificar ? - No. - ¿ Y tú, Felipa ? - Lo mismo. - ¿ Qué quieres decir con "lo mismo"? - Que prefiero morir a comer víctimas ofrecidas a los ídolos. El interrogatorio continúa así durante tres páginas.

En cuanto al célebre episodio de San Mauricio, de sus compañeros y de sus soldados de la Legión Tebana, reclutada en su mayoría en Egipto, y acampada en el Valais, en el alto Ródano, recibió la orden de ir a ejecutar a unos cristianos de las Galias. Y como ella misma estaba compuesta, en su mayoría, de cristianos, exhortada por sus jefes, Mauricio, Exuperio y Cándido, negóse a obedecer. Fue diezmada por dos veces, pero perseveró en su rebeldía y fue enteramente aniquilada. Y también como los "cuarenta soldados mártires" que murieron en Armenia tras haberlos expuesto en pleno invierno sobre un lago helado, y cuya suprema carta colectiva poseemos.

Galerio ordenó la depuración de los mandos cristianos. En Tevesta, allá en Numidia, el recluta Maximiliano, se había proclamado objetor de conciencia; en Tánger, el Centurión Marcelo, en medio del banquete de aniversario del Emperador, arrojó su cinturón e insultó a los ídolos; ambos fueron ejecutados.

Con Maximino Daia, en Palestina, la pasión de San Pánfilo, sacerdote y doctor; en Egipto, la muerte del Obispo Fileas, de muchos jóvenes y doncellas que también eran marcados con hierro candente y llevados a las canteras tebanas o entregadas a la prostitución, y de Filoromo, oficial convicto de las tropas romanas que fue decapitado por orden del Prefecto; Metodio, Obispo de Patarea; el Obispo Silvano, de Emesis; y el exégeta Luciano, de Antioquía; etc ...

306-337. Fundación de Constantinopla. Edicto de Milan (313). Teodosio: 378-395. Decreto de 380 que convierte al Cristianismo en la religión oficial.

¿Cuántas historias seguirán en el anonimato hasta que - como leemos en el Apocalipsis - el

Cordero rompa el quinto sello? (Ap 6:9).

Anexo.

Debemos observarles de las cartas de la Iglesia de Esmirna, de Viena y Lyon que se trata de archivos no-oficiales realizados por, testigos presenciales, o al menos contemporáneos que anotaban el testimonio de aquellos, tales como el "Martyrium S. Polycarpi" ... A éstos debe agregarse la "Epistola Ecclesiarum Viennensis et Lugdunensis", contando la historia de los mártires de Lyon.

La lectura pública de los Acta en las iglesias ofrecería naturalmente, una garantía de su autenticidad; ... costumbre adquirida ciertamente en Africa, por el Tercer Concilio de Cartago (canon XLVII)... Había también un intercambio de los Acta entre las diferentes Iglesias, como observamos, por el "Martyrium S. Polycarpi" y la "Epistola Ecclesiae Viennensis et Lugdunensis".

Extracto de las "Actas selectas de los mártires" Págs. 31-41, Ed. Apostolado Mariano, C/ Recaredo 44. 41003. Sevilla, 1991.

A) CARTA DE LA IGLESIA DE ESMIRNA, QUE RELATA EL MARTIRIO DE SU OBISPO POLICARPO Y SUS COMPAÑEROS MÁRTIRES.

En Esmirna el año 155 d.c.

La Iglesia de Dios, establecida en Esmirna, a la Iglesia de Dios, establecida en Filadelfia, y a todas las partes de la Iglesia santa y católica extendida por todo el mundo; que la misericordia, la paz y el amor de Dios Padre y Nuestro Señor Jesucristo sobreabunde en vosotras.

Os escribimos relatándoos el martirio de nuestros hermanos, y, en especial, del bienaventurado Policarpo, quien, con el sello de su fe, puso fin a la persecución de nuestros enemigos. Todo lo sucedido fue ya anunciado por el Señor en su Evangelio, en el cual se halla la regla de conducta que hemos de seguir. Según, El, por su permisión, fue entregado y clavado en la cruz para salvarnos. Quiso que le imitáramos, y El fue el primero de entre los justos que se puso en manos de los malvados, mostrándonos de ese modo el camino que habíamos de seguir, y así, habiéndonos precedido El, no creyéramos que era demasiado exigente en sus preceptos. Sufrió El el primero lo que nos encargó a nosotros sufrir. Se hizo nuestro modelo, enseñándonos a morir, no sólo por utilidad propia, sino también por la de nuestros hermanos. El martirio, a aquellos que le padecen, les acarrea la gloria celestial, la cual se consigue por el abandono de las riquezas, los honores e incluso los padres. ¿Acaso tendremos por demasiado el sacrificio que hacemos a tan piadoso Señor, cuando sabemos que sobrepuja con creces lo que El hizo por sus siervos, a los que éstos pueden hacer por El?. Por tanto, os vamos a narrar los triunfos de todos nuestros mártires, tal como nos consta que tuvieron lugar, su gran amor para con Dios y su paciencia en soportar los tormentos. ¿Quién no se llenará de admiración al considerar cuán dulces les eran los azotes, gratas las llamas del eculeo, amable la espada que los hería y suaves las brasas de las hogueras?. Cuando corriendo la sangre por los costados, con las entrañas palpitantes a la vista, tan constantes estaban en su fe, que aunque el pueblo conmovido no podía contener las lágrimas ante tan horrendo espectáculo, ellos solo estaban serenos y tranquilos. Ni siquiera se les oía un gemido de dolor; y así como habían aceptado con alegría los tormentos, del mismo modo los toleraban con fortaleza. A todos los asistía el Señor en los tormentos, no sólo con el recuerdo de la vida eterna, sino también templando la violencia de los dolores, para que no excediesen la resistencia de las almas. El Señor le hablaba interiormente y les confortaba, poniéndoles ante los ojos las coronas que les esperaban si eran constantes; e ahí el desprecio que hacían de los jueces, y su gloriosa paciencia. Deseaban salir de las tinieblas de este mundo para ir a gozar de las claras moradas celestiales; contraponían la verdad a la mentira, lo terreno a lo celestial, lo eterno a lo caduco Por una hora de sufrimientos les

esperaban goces eternos.

El demonio probó contra ellos todas sus artes; pero la gracia de Cristo les asistió como un abogado fiel. También Germanico, con su valor, infundía ánimos a los demás. Habiendo sido expuestos a las fieras, el procónsul, movido de compasión, le exhortaba a que tuviese piedad al menos de su tierna edad, si le parecía que los demás bienes no merecían ser tenidos en consideración. Pero él hacía poco caso de la compasión que parecía tener por él su enemigo y no quiso aceptar el perdón que le ofrecía el juez injusto; muy al contrario, el mismo azuzaba a la fiera que se había lanzado contra él, deseoso de salir de este mundo de pecado. Viendo esto el populacho, quedó sorprendido de ver un ánimo tan varonil en los cristianos. Luego todos gritaron: "Que se castigue a los impíos y se busque a Policarpo.

En esto, un cristiano, llamado Quinto, natural de Frigia, y que acababa de llegar a Esmirna, él mismo se presentó al sanguinario Juez para sufrir el martirio. Pero la flaqueza fue mayor que el buen deseo. Al ver venir hacia sí las fieras, temió y cambió de propósito, volviéndose de la parte del demonio, aceptando aquello contra lo que iba a luchar. El procónsul, con sus promesas, logró de él que sacrificara. En vista de esto, creemos que no son de alabar aquellos hermanos que se presentan voluntarios a los suplicios, sino más bien aquellos que habiéndose ocultado al ser descubiertos, son constantes en los tormentos. Así nos lo aconseja el Evangelio, y la experiencia lo demuestra, porque éste que se presentó, cedió, mientras Policarpo, que fue prendido, triunfó.

Habiéndose enterado Policarpo, hombre de gran prudencia y consejo, que se le buscaba para el martirio, se ocultó. No es que huyera por cobarde, sino más bien dilataba el tiempo del martirio. Recorrió varias ciudades, y como los fieles le dijese que se diese más prisa, y se ocultase prontamente, él no se preocupaba, como si temiera alejarse del lugar del martirio. Al fin se consiguió que se escondiese en una granja. Allí, noche y día, estuvo pidiendo al Señor le diera valor para sufrir la última pena. Tres días antes de ser prendido le fue revelado su martirio. Parecióle que la almohada sobre la que dormía estaba rodeada de llamas. Al despertarse el santo anciano dijo a los que con él estaban que había de ser quemado vivo.

Cambió de retiro para estar más oculto, mas apenas llegó al nuevo refugio llegaron también sus perseguidores. Estos buscaron largo rato y no hallándole cogieron a dos muchachos y los azotaron hasta que uno de ellos descubrió el lugar en que se hallaba oculto Policarpo. No podía ya ocultarse aquel a quien esperaba el martirio. El jefe de Policía de Esmirna, Herodes, tenía gran deseo de presentarle en el anfiteatro, para que fuese imitador de Cristo en la Pasión. Además, ordenó que a los traidores se les recompensara como a Judas. Armado, pues un pelotón de soldados de a caballo, salieron un viernes antes de cenar en busca de Policarpo, con uno de los muchachos a la cabeza no como para prender a un discípulo de Cristo, sino como si se tratara de algún famoso ladrón. Encontraronle de noche oculto en una casa. Hubiera podido huir al campo, pero cansado como estaba, prefirió presentarse él mismo a esconderse de nuevo, porque decía. "Hágase la voluntad de Dios; cuando El lo quiso me escondí, y ahora que El lo dispone, lo deseo yo también". Viendo, pues, a los soldados, bajó adonde ellos estaban y les habló cuanto su debilidad se lo permitió y el Espíritu de la gracia sobrenatural le inspiró.

Admiraban los soldados ver en él, a sus años, tanta agilidad y de que en tan buen estado de salud le hubieran encontrado tan pronto. En seguida mandó que les prepararan la mesa, cumpliendo así el precepto divino, que encarga proveer de las cosas necesarias para la vida aun a los enemigos. Luego les pidió permiso para hacer oración y cumplir sus obligaciones para con Dios. Concedido el permiso, oró por espacio de dos horas de pie, admirando su fervor a los circunstantes y hasta a los mismos soldados. Acabó su oración, pidiendo a Dios por toda la iglesia, por los buenos y por los malos, hasta que llegó el momento de recibir la corona de la justicia, que en todo momento había guardado. Fue montado en un asno, y cuando ya se acercaba a la ciudad, se encontraron con Herodes y su padre Nicetas, que venían en un carro. Obligaronle a montar con ellos, por ver si con este favor lograban vencer a aquel que era invencible por tormentos. Procuraron insinuarse en su ánimo y hacerle

pronunciar alguna palabra menos reverente, diciéndole: "¿Qué mal puede haber en llamar señor al César y sacrificar?", y todo lo demás que el demonio les inspiraba. Refrenábase el Santo y les oía con paciencia, hasta que no pudiendo contener su celo, prorrumpió en estas palabras: "No habrá cosa que pueda hacerme mudar de propósito: ni el fuego, ni la espada, ni las prisiones, ni el hambre ni el destierro, ni los azotes". Irritados ellos con esta respuesta, cuando más veloz iba el carro arrojaron a Policarpo al camino, rompiéndosele una pierna al caer, lo que no le impidió acudir con presteza al anfiteatro, sin preocuparse mucho de sus dolores.

Al entrar en el anfiteatro se oyó una voz del cielo que decía: "Sé fuerte, Policarpo". Esta voz sólo la oyeron los cristianos que estaban en la arena, pero de los gentiles nadie la oyó. Cuando fue llevado ante el palco del procónsul, confesó valerosamente al Señor, despreciando las amenazas del juez.

El procónsul procuró por todos los medios hacerle apostatar, diciéndole tuviera compasión de su avanzada edad, ya que parecía no hacer caso de los tormentos. "¿cómo ha de sufrir tu vejez -le decía- lo que a los jóvenes espanta?. Debes jurar por el honor del César y por su fortuna. Arrepíentete y di: "Mueran los impíos". Animado el procónsul, prosiguió: "Jura también por la fortuna del César y reniega de Cristo". "Ochenta y seis años ha -respondió Policarpo- que le sirvo y jamás me ha hecho mal; al contrario, me ha colmado de bienes, ¿ cómo puedo odiar a aquel a quien siempre he servido, a mi Maestro, mi Salvador, de quien espero mi felicidad, al que castiga a los malos y es el vengador de los justos?".

Mas como el procónsul insistiese en hacerle jurar por la fortuna del César, él le respondió: "¿ Por qué pretendes hacerme jurar por la fortuna del César?. ¿Acaso ignoras mi religión?. Te he dicho públicamente que soy cristiano, y por más que te enfurezcas, yo soy feliz. Si deseas saber qué doctrina es ésta, dame un día de plazo, pues estoy dispuesto a instruirte en ella si tú lo estás paras escucharme". Repuso el procónsul: "Da explicaciones al pueblo y no a mi". Respondióle Policarpo: "A vuestra autoridad es a quien debemos obedecer, mientras no nos mandéis cosas injustas y contra nuestras conciencias. Nuestra religión nos enseña a tributar el honor debido a las autoridades que dimanan de la de Dios y obedecer sus órdenes. En cuanto al pueblo, le juzgo indigno, y no creo que deba darle explicaciones: lo recto es obedecer al juez, no al pueblo".

"A mi disposición están las fieras, a las que te entregaré para que te hagan pedazos si no desistes de tu terquedad", dijo el procónsul."Vengan a mi los leones -repuso Policarpo- y todos los tormentos que vuestro furor invente; me alegrarán las heridas, y los suplicios serán mi gloria, y mediré mis méritos por la intensidad del dolor. Cuanto mayor sea éste, tanto mayor será el premio que por él reciba. Estoy dispuesto a todo; por las humillaciones se consigue la gloria"."Si no te asustan los dientes de las fieras, te entregaré a las llamas"."Me amenazas con un fuego que dura una hora, y luego se apaga y te olvidas del juicio venidero y del fuego eterno, en el que arderán para siempre los impíos. ¿Pero a qué tantas palabras?. Ejecuta pronto en mi tu voluntad, y si hallas un nuevo género de suplicio, estrénalo en mi".Mientras Policarpo decía estas cosas, de tal modo se iluminó su rostro de una luz sobrenatural, que el mismo procónsul temblaba. Luego gritó el pregonero por tres veces: "Policarpo ha confesado que es cristiano".

Todo el pueblo gentil de Esmirna, y con él los judíos, exclamaron: "Este es el doctor de Asia, el padre de los cristianos, el que ha destruido nuestros ídolos y ha violado nuestros templos, el que prohibía sacrificar y adorar a los dioses; al fin ha encontrado lo que con tantos deseos decía que anhelaba". Y todos a una pidieron al asiarca Filipo que se lanzara contra él un león furioso; pero Filipo se excusó, diciendo que los juegos habían terminado. Entonces pidieron a voces que Policarpo fuera quemado vivo. Así se iba a cumplir lo que él había anunciado, y dando gracias al Señor, se volvió a los suyos y les dijo: "Recordad ahora, hermanos, la verdad de mi sueño".

Entre tanto, el pueblo, y en particular los judíos, acuden corriendo a los baños y talleres en

busca de leños y sarmientos. Cuando estaba ardiendo la hoguera, se acercó a ella Policarpo, se quitó el ceñidor y dejó el manto, disponiéndose a desatar las correas de las sandalias, lo cual no solía hacer él, porque era tal la veneración en que le tenían los fieles, que se disputaban este honor por poder besarle los pies. La tranquilidad de la conciencia le hacía aparecer ya rodeado de cierto esplendor aun antes de recibir la corona del martirio. Dispuesta ya la hoguera, los verdugos le iban a atar a una columna de hierro, según era costumbre, pero el Santo les suplicó, diciendo: "Permitidme quedar como estoy; el que me ha dado el deseo del martirio, me dará también el poder soportarlo; El moderará la intensidad de las llamas. Así, pues, quedó libre; sólo le ataron las manos atrás y subió a la hoguera. Levantando entonces los ojos al cielo. exclamó: "Oh, Señor, Dios de los Angeles y de los Arcángeles, nuestra resurrección y precio de nuestro pecado, rector de todo el universo y amparo de los justos: gracias te doy porque me has tenido por digno de padecer martirio por ti, para que de este modo perciba mi corona y comience el martirio por Jesucristo en unidad del Espíritu Santo; y así, acabado hoy mi sacrificio, veas cumplidas tus promesas. Seas, pues bendito y eternamente glorificado por Jesucristo Pontífice omnipotente y eterno, y todo os sea dado con él y el Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén".

Terminada la oración fue puesto fuego a la hoguera, levantándose las llamas hasta el cielo. Entonces ocurrió un milagro del que fueron testigos aquellos a quienes la Providencia había escogido para que le divulgaran por todas partes. A los lados de la hoguera apareció un arco con sus extremos dirigidos hacia el cielo, a modo de vela henchida por el viento, la cual rodeaba el cuerpo del mártir, protegiéndole contra las llamas. El sagrado cuerpo tenía el aspecto de un pan recién cocido, o, mejor, de una mezcla de plata y oro fundidos, que con su brillo recreaba la vista. Un olor como de incienso y mirra o de algún exquisito unguento disipaba el mal olor de la hoguera. De este prodigio fueron testigos aun los infieles, tanto, que se convencieron de que el cuerpo del Santo era incombustible, y así pidieron al atizador del fuego que hiriese el cuerpo con un cuchillo. Hízolo él así y brotó sangre, en tanta abundancia, que extinguió el fuego. Vióse también salir una paloma del cuerpo. Quedó el pueblo estupefacto ante el prodigio, confesando la gran diferencia a la hora de la muerte entre los cristianos y los infieles, y reconociendo la superioridad de la religión cristiana, aunque no tuvieron fuerzas para abrazarla. De este modo consumó su sacrificio Policarpo, doctor de Esmirna. Sus revelaciones siempre se realizaron.

El demonio, enemigo irreconciliable de los justos, reconociendo la gloria de aquel martirio, premio de una vida irreprochable desde la más tierna infancia, excogitó un medio para privar a los fieles de poseer el cuerpo del mártir, por más que ellos intentaran apoderarse de él por todos los medios. Para ello sugirió a Nicetas, padre de Herodes, y hermano de Alces, que pidiera al procónsul no entregara las reliquias del mártir a los cristianos, porque se imaginaba que las habían de tributar un culto como al mismo Cristo. Esto mismo pretendían los judíos que custodiaban el cuerpo, para que los cristianos no pudieran acercarse a recogerle, ignorando que los cristianos no podemos abandonar el culto de Cristo, ni dirigir nuestras oraciones a otro que a El, que tanto padeció por redimirnos de nuestros pecados. Únicamente le adoramos a El por ser Hijo de Dios, y a los mártires y siervos suyos fieles les honramos y les pedimos que por su intercesión podamos un día ser compañeros de ellos en la gloria. El centurión, en vista de la disputa que sosteníamos con los judíos, mandó colocar el cuerpo del Santo en medio de la hoguera. Nosotros conseguimos recoger algunos huesos, como oro y piedras preciosas, y los enterramos y el día del aniversario del martirio nos reunimos para solemnizarle como el Señor lo ordenó. Esto es lo que ocurrió con el bienaventurado Policarpo. Consumó su martirio en Esmirna con otros doce cristianos de Filadelfia, pero él es el que ha conseguido el principal culto.

Su martirio fue muy superior, y todo el pueblo le llama "su maestro". Todos deseamos ser sus discípulos, como él lo era de Jesucristo, que venció la persecución de un juez injusto y alcanzó la corona incorruptible, dando fin a nuestros pecados. Unámonos a los Apóstoles y a todos los justos y bendigamos únicamente a Dios Padre Todopoderoso; bendigamos a Jesucristo nuestro Señor, salvador de nuestras almas, dueño de nuestros cuerpos y pastor de la Iglesia universal; bendigamos también al Espíritu Santo por quien todas las cosas nos

son reveladas. Repetidas veces me habíais pedido os comunicara las circunstancias del martirio del glorioso Policarpo, y hoy os mando esta relación por medio de nuestro hermano Marciano. Cuando vosotros os hayáis enterado, comunicadlo a las otras iglesias, a fin de que el Señor sea bendito en todas partes, y todos acaten la elección que su gracia se digna hacer de los escogidos. El puede salvarnos a nosotros mismos por Jesucristo Nuestro Señor y Redentor, por el cual y con el cual es dada a Dios toda gloria, honor, poder y grandeza, por los siglos de los siglos. Amén. Salud a todos los fieles; los que estamos aquí os saludamos. Asimismo os saluda Evaristo, que esto ha escrito, os saluda con toda su familia. El martirio de Policarpo tuvo lugar el 25 de abril, el día del gran sábado, a las dos de la tarde. Fue preso por Herodes, siendo pontífice o asiarca Filipo de Trates, y procónsul Stacio Cuadrato. Gracias sean dadas a Jesucristo Nuestro Señor, a quien se debe gloria, honor, grandeza y trono eterno de generación en generación. Amén.

Este ejemplar le ha copiado Gayo de los ejemplares de Ireneo, discípulo de Policarpo. Yo, Sócrates, lo copié del ejemplar de Gayo. Yo, Pionio, he confrontado los originales y lo transcribo por revelación del glorioso Policarpo; como lo dije en la reunión de los que vivían cuando el Santo trabajaba con los escogidos. Nuestro Señor Jesucristo me reciba en el reino de los cielos, con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

B) CARTA DE LAS IGLESIAS DE VIENA Y LYON SOBRE EL MARTIRIO DE POTINO, OBISPO Y OTROS MUCHOS FIELES.

1. Los siervos de Cristo que habitan en Viena y Lyon en las Galias, a sus hermanos de Asia y Frigia, que participan de nuestra fe y nuestra esperanza en la redención, paz, gracia y gloria por el Padre y Nuestro Señor Jesucristo. Nadie podía explicar, ni nosotros describir, la grandeza de las tribulaciones que los bienaventurados mártires han padecido, ni la rabia y furor de los gentiles contra los santos. Nuestro adversario reunió todas sus fuerzas contra nosotros, y en sus designios de perdernos, ha ido con cautela haciéndonos sentir al principio algunas señales de odio. No dejó piedra por mover, sugiriendo a sus satélites toda clase de medios contra los siervos del Señor; llegó a tal extremo que ni en las casas ni en los baños, ni aun en el foro, se toleraba nuestra presencia; en ningún lugar nos podíamos presentar.

2. La gracia de Dios nos asistió contra el demonio; ella fortaleció a los más débiles y les hizo fuertes como columnas, que resistieron a todos los empujes del enemigo. Estos, sorprendidos de improviso, soportaron toda suerte de ultrajes y tormentos que a otros hubieran parecido demasiado largos y dolorosos, pero a ellos les parecían ligeros y suaves: tal era su deseo de unirse con Cristo. Nos mostraron con su ejemplo que no hay comparación entre los dolores de esta vida y la gloria que en la otra hemos de poseer. En primer lugar, hubieron de sufrir todos los insultos y vejaciones que el pueblo en masa les prodigó, gritos, golpes, detenciones, confiscaciones de bienes, lapidaciones y, por fin, la cárcel; en suma, cuanto un pueblo furioso suele prodigar a sus víctimas. Todo fue soportado con admirable constancia. Los que habían sido arrestados fueron conducidos al foro por el tribuno y los duunviros de la ciudad, e interrogados ante el pueblo. Todos confesaron su fe y fueron encarcelados hasta el regreso del legado imperial.

3. A su vuelta fueron llevados a su presencia, y como tratase con extrema dureza a los nuestros, Vecio Epágato, uno de nuestros hermanos que asistía al interrogatorio, tan encendido en el amor de Dios como en el del prójimo, y que desde muy joven había merecido los elogios que el anciano como Zacarías, por su vida austera y perfecta, caminando con firmeza por las vías del Señor, impaciente de hacerse de algún modo útil, no pudo sufrir tan manifiesta iniquidad, y lleno del celo de Dios pidió para sí la defensa de los acusados, comprometiéndose a probar que no merecían la acusación de ateísmo e impiedad. Los que rodeaban el tribunal exclamaron a voces contra él. El legado rehusó su demanda, por más justificada que fuera, y le preguntó simplemente si era cristiano: "Sí", respondió él con voz clara y resuelta; y fue agregado al número de mártires. "Ved ahí al abogado de los cristianos", dijo el presidente con ironía. Pero Vecio tenía dentro de sí al abogado por excelencia, al Espíritu Santo, en mayor abundancia aún que Zacarías, puesto que le inspiró entregarse a sí

propio en defensa de sus hermanos. Fue y es genuino discípulo de Cristo, y sigue al Cordero por doquiera que va.

4. Desde aquel momento, también los demás confesores comenzaron a distinguirse. Los primeros mártires confesaron su fe con todo denuedo y alegría de ánimo. Entonces también se conocieron los que no estaban tan fuertes y preparados para tan furioso ataque. De éstos, diez apostataron, lo que nos produjo gran pena, y fue causa de abundantes lágrimas, porque con su conducta atemorizaron a otros muchos, que quedaron libres, los cuales, a costa de innumerables peligros, asistieron a los que habían confesado su fe. Por aquellos días todos éramos presa de un gran temor y sobresalto por el éxito incierto de la confesión de la fe, más bien que por temor a los tormentos que se nos daban, por el de las apostasías. Cada día nuevos arrestos venían a llenar los vacíos dejados por las defecciones, y muy pronto los más preclaros de los miembros de las dos iglesias, sus fundadores, estuvieron encarcelados. También lo fueron algunos siervos nuestros aunque eran gentiles, porque la orden de arresto del procónsul nos englobaba a todos. Estos desgraciados, incitados por el demonio, aterrorizados por los tormentos que veían padecer a los fieles, y movidos a ello por los soldados, declararon que infanticidios, banquetes de carne humana, incestos y otros crímenes, que no se pueden nombrar, ni aun imaginar, ni es posible que jamás hombre alguno haya cometido, eran cometidos por nosotros los cristianos. Estas calumnias, esparcidas entre el vulgo, conmovieron de tal manera los ánimos contra nosotros, que aun aquellos que hasta entonces, por razones de parentesco, se habían mostrado moderados, se enardecieron contra nosotros. Entonces se cumplió lo que dijo el Señor: "Llegará un día en que aquellos que os quiten la vida crean hacer una obra agradable a Dios". Desde aquellos días los mártires santísimos sufrieron tales torturas, que ni explicarse pueden, con las cuales Satán pretendía hacerles confesarse reos de los crímenes de que se los acusaba.

5. Se cebó de un modo particular el furor del pueblo, del presidente y de los soldados sobre el diácono de Viena, Santos, sobre Maturo neófito, pero, a pesar de ello, valiente atleta de Cristo, sobre Atalo, originario de Pérgamo, apoyo y columna de nuestra iglesia sobre Blandina, en la cual demostró Cristo que lo que a los ojos de los hombres es vil, ignominioso y despreciable, es para Dios de gran estima, en razón del amor demostrado a El y de la fortaleza en confesarle; porque Dios aprecia las cosas como en sí son, no las apariencias. Todos temíamos, y en particular la que había sido su señora (también se encontraba entre los mártires), que aquel cuerpo tan diminuto y débil no podría confesar la fe hasta el fin; pero fue tal la fortaleza de Blandina, que los verdugos que se relevaban unos a otros desde la mañana hasta la noche, después de aplicarla todos los tormentos, tuvieron que desistir, rendidos de fatiga. Agotados todos sus recursos, se confesaron vencidos, admirándose de que aun quedase con vida después de tener todo el cuerpo desgarrado y deshecho por los tormentos, llegando a confesar que una sola de las torturas hubiera bastado para causar la muerte, cuanto más todas ellas. A pesar de todo, ella, como un fuerte atleta, renovaba sus fuerzas confesando la fe. Y pronunciando estas palabras: "Soy cristiana" y "Nosotros no hacemos maldad alguna", parecía descansar y cobrar nuevos ánimos olvidándose del dolor presente.

6. También Santos, habiendo experimentado en su cuerpo todos los tormentos que el ingenio humano pudo imaginar, y cuando esperaban sus verdugos que a fuerza de torturas conseguirían hacerle confesar algún crimen, estuvo tan constante y firme que no dijo su nombre ni el de su nación, ni el de su ciudad, ni aun si era siervo o libre, sino que a todas las preguntas respondía en latín: "Soy cristiano, esto era para él su nombre, su patria y su raza, y los gentiles no pudieron hacerle pronunciar otras palabras. Por todo lo cual se encendió contra él de un modo especial la ira y furor del presidente y de los verdugos; hasta tal punto, que no quedándoles ya más lugar en que atormentarle, le aplicaron láminas de bronce ardiendo sobre las partes más sensibles del cuerpo. Mientras sus miembros se abrasaban, él permanecía firme e inmovible en su confesión, porque estaba bañado y fortificado por las aguas de vida que manan del cuerpo de Cristo. El cuerpo mismo del mártir atestiguaba claramente lo que había sufrido, porque todo él era una llaga, contraído y retorcido, de tal forma que ni la figura de hombre conservaba. En el cual, padeciendo el mismo Cristo, obraba

grandes milagros, derrotando por completo al enemigo y dando ejemplo a los demás fieles, de que donde reina la caridad del Padre no hay nada que temer, porque el dolor se cambia en gloria para Cristo. Pasados algunos días, aquellos malvados volvieron a atormentar al mártir, creyendo que si reiteraban los tormentos sobre las llagas sangrientas e hinchadas saldrían vencedores, porque en tal estado hasta el solo tocarlas con la mano produciría un dolor insoportable. Al menos esperaban que si morían en los tormentos, los demás se intimidarían. Nada de esto ocurrió, porque contra lo que todos esperaban, el cuerpo de repente recobró su vigor y antigua hermosura, de tal modo que el segundo tormento más bien fue para él un refrigerio que una pena.

7. Bibliada era una mujer de aquellas que habían renegado de Cristo, el diablo, creyéndola ya suya, y queriéndola hacer responsable de un nuevo crimen, el de blasfemia, la condujo al tormento, esperando que como antes se había mostrado débil y remisa, ahora conseguiría de ella hacerla confesar nuestros crímenes. Pero ella lo rehusó, aunque la aplicaron el tormento, y recapacitando y como despertando de un profundo sueño, los tormentos que tenía presentes la hicieron pensar en los del infierno. Y dijo a sus verdugos: "¿Cómo creéis vosotros que unos hombres a quienes está prohibido comer carne de animales han de comerse a los niños?". Desde aquel momento se confesó cristiana y fue contada entre el número de los mártires.

8. Como todos los tormentos inventados por los tiranos fuesen superados por la constancia que Cristo concedió a sus confesores, el diablo inventó nuevos modos de tormentos. Se los encerró en oscurísimos y muy incómodos calabozos, con los pies metidos en cepos y estirados hasta la quinta clavija, además de todos los inventos de nuevos suplicios que los crueles carceleros, inspirados por el demonio, imaginaron para dar tormento a sus víctimas. A tal extremo llegaron que muchos perecieron asfixiados en las cárceles. Dios, que en todas las cosas muestra su gloria, les había reservado tal género de muerte. Otros que habían sido tan atrocemente martirizados que ni imaginarse podía, quedaron con vida, aunque se les hubieran aplicado todos los remedios, continuaron en la cárcel, destituidos de auxilio humano, pero confortados por el Señor, firmes espiritual y corporalmente, los cuales enardecían y consolaban a los demás. Otros que habían sido apresados posteriormente y que no estaban tan acostumbrados a los tormentos, no pudiendo soportar los padecimientos de la cárcel, expiraron en ella.

9. El bienaventurado Potino, obispo de la iglesia de Lyon, más que nonagenario, y con el cuerpo tan débil que apenas retenía en sí el espíritu, recobró nuevos bríos ante la inminencia del martirio, también fue conducido al tribunal. Su cuerpo, débil por la edad, y además enfermo, encerraba un alma dispuesta a triunfar por Cristo. Fue llevado al tribunal por los soldados, acompañándole los magistrados de la ciudad y una muchedumbre inmensa, que le aclamaba a voces como si él fuera el mismo Cristo. Ante el tribunal dió egregio testimonio de su fe. Preguntado por el presidente cuál era el Dios de los cristianos, respondió: "Si eres digno le conocerás". Luego, sin respeto alguno, fue arrastrado y cubierto de heridas, porque los que estaban cercanos a él le dieron de patadas y puñetazos, sin el menor respeto a sus canas. Los que estaban más lejos le arrojaron cuanto les vino a las manos: todos ellos se hubieran creído reos de un gran crimen si no le hubieran atormentado cuando pudieron. Así creían vengar la injuria de sus dioses. En aquel estado fue llevado a la cárcel donde expiró a los dos días.

10. Entonces brilló de un modo particular la providencia divina, y se manifestó la inmensa misericordia de Jesucristo en un hecho que a nosotros nos parece raro, pero muy propio de la sabiduría y bondad de Cristo. Todos aquellos hermanos que habían sido apresados cuando la primera orden de detención y que habían renegado la fe, fueron encarcelados lo mismo que los que la habían confesado, y sufrían las mismas penalidades que los mártires. Nada les valió su apostasía. Aquellos que se confesaron cristianos fueron encarcelados como tales, y no se les imputó otro crimen. En cambio, a los otros se les encarcelaba como a homicidas y hombres criminales, y sufrían doble tormento que los demás. Porque a los verdaderos mártires les consolaba y daba ánimo el gozo del martirio, la esperanza de la gloria

y el amor a Jesucristo y del Espíritu del Padre. Por el contrario, a los renegados les remordía su conciencia, tanto que con sólo mirarlos a la cara se les conocía y se les distinguía de los demás. Los verdaderos mártires andaban alegres, reflejándose en sus caras una cierta majestad y nobleza, de modo que las cadenas para ellos eran un adorno, que aumentaba su hermosura, como la de una desposada vestida de su traje de boda. A los apóstatas se les veía con la cabeza baja, sucios, mal vestidos, cubiertos de ignominia hasta para los mismos gentiles, que despreciaba su cobardía y los trataban como a asesinos confesos por su propio testimonio. Habían perdido el glorioso y salutífero nombre de cristianos. Todo esto era un gran estímulo para los confesores de la fe que lo veían. Cuando después eran apedreados algunos otros, en seguida confesaban la fe para no caer en la tentación de cambiar de propósito.

11. Más tarde se dividió a los mártires por grupos, según el género de martirio: de esta suerte los gloriosos confesores presentaron al Padre una corona tejida de flores de diversos colores. Era justo que aquellos valientes luchadores que habían tenido tantos combates y tantos triunfos, recibieran la corona de la inmortalidad. Maturo, Santos, Blandina y Atalo fueron condenados a las bestias en el anfiteatro, para dar un público espectáculo de inhumanidad gentilicia a costa de los cristianos. Maturo y Santos de nuevo soportaron en el anfiteatro toda la serie de los tormentos como si antes nada hubieran sufrido; o, mejor dicho, como atletas que, superados la mayor parte de los obstáculos, luchan por conseguir la corona. De nuevo debieron padecer los mismos suplicios; las varas, los mordiscos de las fieras que los arrastraban por la arena y todo lo que el vulgo furioso pedía a gritos. Al fin las parrillas al rojo, sobre las cuales se asaban las carnes de los mártires, despidiendo olor intolerable, que se extendía por todo el anfiteatro. Ni esto bastó para calmar aquellos instintos sanguinarios, muy al contrario, aumentó su furor con el deseo de vencer la constancia de los mártires. A Santos no consiguieron hacerle pronunciar otra palabra que aquella que había repetido desde el principio: "Soy cristiano". Por fin, después de tan horrible martirio, como aún respirasen, habían mandado que los degollasen. Aquel día ellos dieron el espectáculo al mundo en lugar de los variados juegos de los gladiadores. Blandina fue expuesta a las fieras suspendida en un poste. Atada a él en forma de cruz, constantemente estuvo haciendo oración a Dios con lo cual esforzaba el valor de los demás mártires, los cuales, en la persona de la hermana, veían con sus propios ojos la imagen de aquel que murió crucificado por su salvación, y para demostrar a los que creyeran en El que todo aquel que padeciera por la gloria de Cristo había de ser partícipe con Dios. No atacando ninguna fiera el cuerpo de la mártir, fue depuesta del madero y encerrada en la cárcel, reservándola para un nuevo combate. Vencido el enemigo en todas estas escaramuzas, la derrota de la tortuosa serpiente sería inevitable y segura, y con su ejemplo estimularía el valor de los hermanos. Puesto que aunque de por sí era delicada y despreciable, revestida de la fortaleza del invicto atleta Cristo, triunfaría repetidas veces del enemigo y conseguiría, en glorioso combate una corona inmarcesible. El populacho pidió a grandes voces el suplicio de Atalo, porque era de familia noble; él se presentó al combate con la conciencia tranquila por haber obrado con rectitud. Porque estaba bien impuesto en la doctrina del cristianismo y siempre había sido entre nosotros un fiel testigo de la verdad. Paseáronle por el anfiteatro, y delante de él era llevada una tabla, sobre la cual se había escrito en latín: "Este es Atalo, el cristiano", lo cual fue motivo para que los espectadores se enardecieran más contra él. Cuando el legado se dió cuenta de que era ciudadano romano, mandó que fuera de nuevo conducido a la cárcel con todos los demás. Luego consultó al Cesar sobre lo que había de hacerse con los encarcelados, y esperó su respuesta.

12. Esta tregua no fue infructuosa y sin provecho, porque gracias a la indulgencia de los confesores se reveló la inmensa misericordia de Cristo; los miembros de la iglesia que habían perecido, con la ayuda y solicitud de los miembros vivos, fueron devueltos a la vida, y con gran gozo de la iglesia virgen y madre, volvieron a su seno sanos y salvos aquellos hijos abortivos que ella había arrojado. Por mediación de los mártires santísimos aquellos otros que habían apostatado la fe volvieron a la iglesia y fueron como concebidos de nuevo, y animados de nuevo con calor vital aprendían a confesar la fe. Cuando estuvieron ya devueltos a la vida y confortados por la misericordia de Dios, que no quiere la muerte del

pecador, sino más bien que se arrepienta y viva por segunda vez, se presentaron al tribunal para ser interrogados por el legado; porque ya éste había recibido un rescripto del emperador, según el cual los que perseveraran en la confesión de la fe debían ser decapitados, y los que renegasen absueltos y puestos en libertad. El día de la gran feria, que se celebra entre nosotros, y a la que acuden mercaderes de todas las provincias, el legado mandó comparecer a los mártires ante su tribunal, intentando dar al pueblo una especie de función teatral. En el nuevo interrogatorio todos los que eran ciudadanos romanos fueron condenados a la pena capital y los demás a ser expuestos a las fieras.

13. Aquello fue un triunfo para Cristo; todos los que antes habían negado la fe, entonces la confesaron con gran valentía contra todo lo que esperaban los gentiles. Se los interrogó aparte de los demás, creyendo que renegarían la fe y serían puestos en libertad; pero como confesaron, fueron agregados al grupo de los mártires. Sólo quedaron fuera aquellos en cuyas almas no había ni rastro de fe, ni respeto por el traje del Bautismo, ni traza de temor de Dios; hijos de perdición, que con su manera de vivir infamaban la religión que profesaban. Todos los otros fueron incorporados a la Iglesia. Cuando éstos eran interrogados, Alejandro, frigio de nación, y de profesión médico, quien ya hacía muchos años que moraba en las Galias, y a quien todos conocían por su gran amor de Dios y su celo por predicar la fe (porque en él habitaba la gracia de la predicación), se hallaba junto al tribunal y animaba con gestos y ademanes a los confesores. Pero el populacho, irritado ya porque los que habían apostado confesaban de nuevo la fe, comenzó a vociferar contra Alejandro, acusándole de ser el causante de tal retractación. Instando el presidente, le preguntó quien era. Como contestase que era cristiano, irritado el juez le condenó a las fieras. Al día siguiente fue echado a ellas junto con Atalo, porque el legado no quiso oponerse a las reclamaciones del pueblo. Ambos, después de pasar por todos los tormentos inventados por el odio contra los cristianos, después de un magnífico combate, fueron degollados. Alejandro en todo el tiempo que duró el martirio no pronunció una palabra ni exhaló un gemido, sino que estuvo abstraído en Dios. Atalo por su parte, al ser tostado en una parrilla, como exhalase muy mal olor su cuerpo, habló de esta manera al pueblo "Esto que estáis haciendo, esto es comerse a los hombres; nosotros ni nos comemos a los hombres, ni hacemos mal ninguno". Y como los gentiles le preguntasen por el nombre de Dios, contestó: "Dios no tiene un nombre como nosotros los mortales".

14. Después de todos éstos, el último día de los espectáculos de nuevo tocó la vez a Blandina, con el joven de quince años Póntico. Los dos en días anteriores habían sido introducidos para que vieran como eran atormentados los demás. Fueron varias veces incitados a jurar por los dioses de los gentiles, pero como permaneciesen firmes en su propósito y se burlasen de ellos, esto les atrajo de tal modo las iras del populacho, que no tuvieron consideración alguna con la tierna edad del uno y la debilidad del sexo de la otra. Experimentaron en ellos toda clase de torturas y vejaciones para conseguir hacerlos jurar por los dioses, pero todo inútil. Todos los espectadores se daban cuenta de que las exhortaciones de la hermana eran las que sostenían al joven, que finalmente después de sufrir con gran ánimo los tormentos expiró. Ya sólo quedaba Blandina, que como una madre había animado a sus hijos al combate, y había hecho que todos la precedieran vencedores delante del rey, siguiéndoles a todos ella por el sangriento sendero que habían trazado, gozosa de su próximo triunfo, como quien ha sido convidado a un banquete nupcial, no como un condenado a las bestias. Después de tolerar los azotes, después de ser arrastrada por las fieras, después de las parrillas ardientes, fue envuelta en una red y expuesta a un toro bravo, el cual la lanzó repetidas veces por los aires pero ella no sintió nada: tan abstraída estaba en la esperanza de los bienes futuros y en su íntima unión con Cristo. Al fin la degollaron. Los mismos gentiles llegaron a confesar que nunca entre ellos se había visto a una mujer padecer tantos tormentos.

15. Ni con todo esto llegó a calmarse el furor y saña de los gentiles contra los cristianos. Aquellas gentes, bárbaras y feroces exacerbadas más aún por la rabia de la bestia cruel, no eran fáciles de aplacar. Su saña se cebó en los cuerpos de los mártires. La vergüenza de su derrota no les hacía humillarse, parecían no tener ni sentimientos ni razón humana. La rabia y

furor del delegado y del pueblo crecían como los de una fiera, por más que no hubiera motivo alguno para odiarnos de aquel modo. Así se cumplía la escritura, que dice: "El malvado que se perversa más aún, y el justo, justifíquese más". Los cuerpos de los que habían muerto asfixiados en la cárcel fueron arrojados a los perros, poniendo guardia de día y de noche para que no pudiéramos recogerlos y sepultarlos. Lo que perdonaron las fieras y el fuego, trozos desgarrados, miembros tostados y carbonizados, cabezas truncadas, cuerpos mutilados, todo ello quedó durante muchos días insepulto, con una escolta militar para guardarlo. Y aún había quienes se enfurecían y rechinaban los dientes contra los muertos, y hubieran querido les aplicasen más refinados tormentos. Otros se reían y los insultaban, dando gloria y exaltando a los dioses por las penas que habían hecho padecer a los mártires. Algunos otros, un poco más humanos, y que aparentaban tenernos compasión, también nos escarnecían diciendo: "¿Dónde está su Dios?. ¿Y qué les ha aprovechado su religión por la cual han dado sus vidas?". Esta era la actitud de los gentiles para con nosotros. Por nuestra parte el dolor era muy grande por no poder sepultar los cadáveres. Porque ni de noche, ni a fuerza de dinero, ni con súplicas, pudimos doblegar sus voluntades; al contrario, ponían todo su empeño en custodiar los cadáveres como si de ello se les siguiera un gran beneficio.

16. Así, pues, los cuerpos de los mártires fueron objeto de toda suerte de ultrajes durante los seis días que estuvieron expuestos; luego se les quemó y redujo a cenizas, y éstas arrojadas a la corriente del Ródano, para que no quedara ni rastro de ellas. Con esto creían hacerse superiores a Dios y privar a los mártires de la resurrección. "De este modo, decían ellos, no les quedará ninguna esperanza de resucitar, confiados en la cual han introducido esta nueva religión, y sufren alegres los más atroces tormentos, despreciando la misma muerte. Ahora veremos si resucitan y si su Dios les puede auxiliar y librarlos de nuestras manos".

17. Aquellos que tanto se habían esforzado por imitar a Cristo, "que teniendo la naturaleza divina nada usurpó a Dios al hacerse igual a El", y que después de haber sido elevados a tanta gloria y de haber tolerado no uno que otro, sino tantos géneros de suplicios, que sabían lo que eran las fieras y la cárcel, que aun conservaban las llagas de las quemaduras y tenían los cuerpos cubiertos de cicatrices; aquellos hombres, pues, no osaban llamarse mártires, ni permitían que se lo llamaran. Si algunos de nosotros, por escrito o de palabra, se atrevía a llamárselo, le reprendían con severidad. Tal título de mártir sólo lo daban a Cristo, testigo verdadero y fiel, primogénito de los muertos y principio y autor de la vida divina. También concedían este título a aquellos que habían muerto en la confesión de la fe. "Ellos ya son mártires, decían, porque Cristo ha recibido su confesión y la ha sellado como con su anillo. Nosotros sólo somos pobres y humildes confesores". Y con lágrimas en los ojos nos rogaban pidiéramos al Señor que también ellos pudieran un día alcanzar tan gran fin. Realmente mostraban tener valor verdaderamente de mártires al responder con tanta libertad y confianza a los gentiles, dando muestras de gran temple de alma. Rehusaban el nombre de mártires que les daban los hermanos, poseídos como estaban de temor de Dios, y se humillaban bajo su poderosa mano que tan alto les había elevado. A todos excusaban y no condenaba a nadie. A todos perdonaban y a nadie acusaban. Aun por aquellos por quienes tan cruelmente habían sido atormentados hacían oración al Señor, y a imitación de Esteban decían: "Señor, no les inculpéis este pecado". Y si El oraba por los que le apedreaban, ¿con cuánta mayor razón hemos de creer que lo haría por los hermanos?. La mayor lucha la hubieron de librar contra el demonio, movidos de ardiente y sincera caridad para con los hermanos, porque pisando el cuello de la antigua serpiente, la obligaron a restituir la presa que se disponía a devorar. Respecto de los caídos, no obraron con altanería y desdén; al contrario, les prodigaban cuantos favores podían, mostrándoles un amor maternal, derramando ante el Señor abundantes lágrimas para alcanzarles la salvación. Pidieron al Señor la vida, y se la concedió, y ellos, a su vez, se la comunicaron a sus prójimos. En todo salieron victoriosos. Amaron la paz y nos la recomendaron, y en paz fueron a la presencia de Dios. No fueron ni causa de dolor para la madre, ni de discordia para los hermanos, sino que a todos dejaron como herencia la alegría, la concordia y el amor.

18. Alcibiades, uno de los mártires, llevaba una vida dura y mortificada, vivía sólo de pan y agua. Como en la cárcel quisiera seguir el mismo régimen, después de ser expuestos por

primera vez en el anfiteatro, le fue revelado a Atalo que Alcibíades no obraba bien en no querer usar de las criaturas de Dios, y porque era ocasión de escándalo para los demás. Al punto obedeció Alcibíades, y en adelante usó sin distinción de todos los alimentos, dando gracias al Señor. La gracia divina no dejó de asistirlos, siendo su guía y consejero el Espíritu Santo.

Palabras Clave.

Dolor: Experiencia sensitiva y emocional desagradable asociada con una lesión real o potencial de un tejido.

Sufrimiento: Paciencia, conformidad, tolerancia con que se sufre una cosa. Padecimiento, dolor, pena.

Vicario: Que tiene las veces, poder y facultades de otro o le sustituye.

Notas y Textos.

Actas selectas de los mártires. Ed. Apostolado Mariano. C/ Recaredo 44, 41003 Sevilla. 1991.

Biblia Latinoamericana. Verbo Divino. 1989. España.

Cardenal Carlo María Martini, Arzobispo de Milán. Habéis perseverado en mis pruebas: Meditaciones sobre Job. Edizioni Piemme S.p.A. (Italia) en 1989, traducido al español por EDICEP C.B. Valencia (España) en 1990.

Daniel Rops. La Iglesia de los Apóstoles y los Mártires (1992). Ediciones Palabra. Madrid (España). La versión original de este libro apareció con el título: L'Église des Apôtres et des Martyrs. Librairie Arthème Fayard.

James Bridge. Transcrito por Douglas J. Potter (Dedicado al Sagrado Corazón de Jesucristo. Traducido por José Luis Anastasio). The Catholic Encyclopedia, Volume I Copyright © 1907 by Robert Appleton Company Online Edition Copyright © 1999 by Kevin Knight. Enciclopedia Católica Copyright © ACI-PRENSA.

Josef Weismayer. Facultad de Teología de la Universidad de Viena (Austria). Título original "Leben in Fülle", en Verlaganstalt Tyrolia, Innsbruck, 1983; y "Vida Cristiana en plenitud", por Promoción Popular Cristiana (PPC) en la Colección Pastoral Aplicada, Madrid, 1990.

XXIX Videoconferencia Teológica Internacional, que tiene por tema: "El martirio y los nuevos mártires". Prefectura de la Congregación para el Clero - S. Em. Revma. Cardenal Darío Castrillón Hoyos (Ciudad del Vaticano, 28 mayo 2004): Roma: Jean Galot, Bruno Forte, Antonio Miralles y Paolo Scarafoni; Manila: José Vidamor Yu; Taiwán: Louis Aldrich; Johannesburgo: Graham Rose; Bogotá: Prof. Silvio Cajiao; Sydney: Julian Porteous; Moscú: Ivan Kowalewsky.